

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

# Cuentos del comité

Alcides Greca

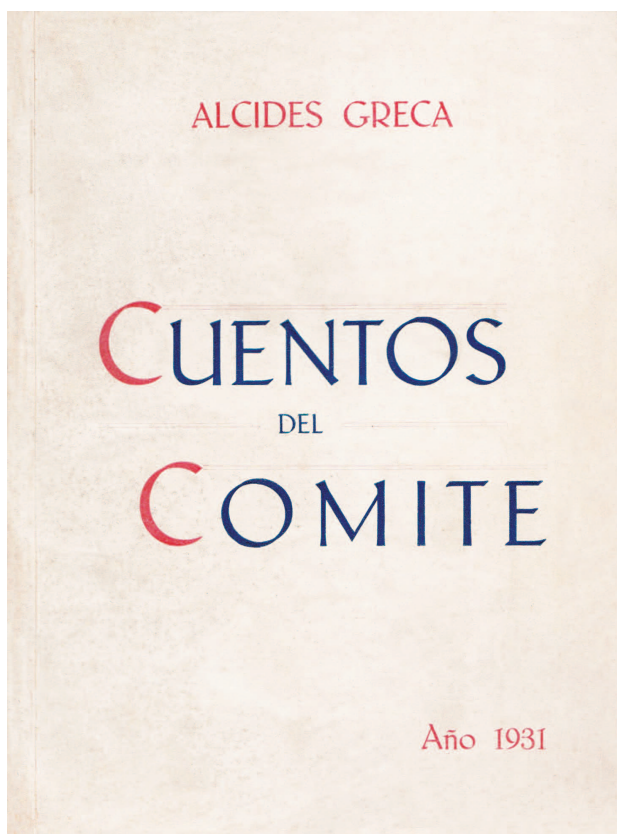




«Mis críticos literarios, salvo unos pocos, han pasado por alto el aspecto más interesante de mis últimos libros. Como ellos no lo dicen, o no lo han visto, será necesario que yo lo señale, sin falsa modestia. Mi literatura tiene un valor esencialmente documental», apuntó **Alcides Greca (1889-1956)** desde su celda en la prisión de la isla Martín García, en 1934. Fue uno de los tantos militantes del radicalismo Yrigoyenista que cayó preso tras el golpe de estado del General Uriburu en 1930. La escritura lo ayudó a soportar esa forzada tregua en una vida signada el movimiento, el trabajo y un prodigioso olfato para la novedad.

Los 44 años que tenía Greca al momento de caer preso le habían bastado para crear dos diarios, *El mocoví* y *La pura verdad*, en su San Javier natal; ser electo diputado y senador por la provincia y diputado a nivel nacional; fundar y dirigir, ya en la ciudad de Santa Fe, los diarios *El paladín del norte* y *La palabra*, este último predecesor de *El litoral*; obtener el título de Doctor en Derecho en la Universidad de La Plata; recorrer gran parte de la Argentina y de Latinoamérica; publicar tres libros, *Viento norte*, *La torre de los ingleses* y *Cuentos del comité*, que lo situaron entre los pioneros de la narrativa santafesina; y finalmente fundar una productora de cine, Greca Films, con sede en la avenida Pellegrini 1655 de Rosario a través de la cual realizó *El último malón*, uno de los hitos fundadores del cine argentino.

Al salir de prisión Greca concentró sus actividades en Rosario. Trabajó como docente y colaboró con el diario *La capital*. Publicó otros dos libros: *Tras el alambrado de Martín García* y *La pampa gringa*. Al jubilarse adquirió una chacra en las cercanías de Oliveros y consagró los últimos años de su vida al cultivo de la huerta y el jardín.



La presente edición electrónica de *Cuentos del comité* se basa en la primera edición del libro, publicado en Buenos Aires por Editorial Lux en 1931.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.



Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

# Cuentos del comité

Alcides Greca

## ANTICIPO

¡Rata de biblioteca que dentro de cincuenta años andarás mordiendo en los papeles de mi archivo, yo te saludo desde esta hermética caja que me inmoviliza!... ¡Disculpa si no puedo tenderte la mano cordial!

Si quieres saber quiénes eran... por ahí, entre las páginas de algún viejo libro, encontrarás sus verdaderos nombres, y lo mucho o lo poco que en vida fueron.

EL AUTOR.

Cementerio, julio de 1981

## CUENTOS DE LOS CHICOS

(Los cuentos que los chicos les hacen a los grandes)

## LOS TRES CUENTOS DE SERAPIO HERRERA

No sé dónde, ni cómo, lo conocí. Callado, algo tímido, con cierto aire de gato barcino, jamás me abordaba en el comité. Vestía pobremente. Tenía una sonrisita amarga, de resignado. Debía ser bebedor, pero la «tranca» no se le traducía en piruetas. Era de los pechadores modestos.

—Dotor... Ayúdeme con unas moneda.

Pocas veces llamaba a la puerta de mi casa. Esperaba pacientemente en la esquina, oculto en algún recoveco. Presentía que la gallega le daría un portazo, con el consabido:

—El doctor ha salidu.

Me atropellaba en el momento en que iba a tomar algún vehículo. Aparecía como una sombra. Se creería que había surgido de la pared.

—Dotor... Ayúdeme con algo.

—¡Pero che! ¿No te cansás de pechar?

—Por esta ves, nomás... dotor.

Cuando Serapio notó que su crédito estaba en baja, aguzó el ingenio, y me hizo víctima de tres cuentos, que voy a relatar en el orden en que se fueron produciendo.



## EL CUENTO DE LOS VIAJES

—Bueno... dotor. ¡Ya no lo voy a molestar más! Me voy a la junta del maíz. Me'han dicho que hay mucho trabajo por Cañada de Gómez. Solo le vengo a pedir que me ayude p'al pasaje.

—Y ¿cuánto es el pasaje?

—Son dos cuarenta, dotor.

—Aquí los tenés. Pero ya te prevengo. No me vengás a pechar más.

—Está bien. Muchas gracia, dotor.

Quince días después.

—Dotor. Me voy pa Carcarañá. He conseguido un trabajito en una estancia. Vengo a pedirle pa pagar la comisión en l'agencia.

—Pero... ¡Cómo! ¿No te habías ido a Cañada?

—Sí, dotor. Pero había mucha gente y ya no había trabajo. Tuve que venirme de a pie.

La última referencia me conmueve un poco. Soy hombre al agua.

—El viaje a Carcarañá es más corto...

—Dotor... Con tres peso me alcanza.

—Si el pasaje vale menos de un peso.

—Tengo que pagar la comisión. Sinó, no me dan el trabajo. ¡Es la'última ves que le pido!

—¡Con tal de que sea la última!...

Algún tiempo después, los viajes eran para puntos muy cercanos: San Lorenzo, Arroyo Seco...

Un día, cerré la bolsa. No quise saber más nada.

## EL CUENTO DEL FAROL

Pasó un mes. Pasaron tres. Serapio no aportaba. Otros pechadores lo reemplazaban con ventaja.

Una mañana, muy temprano, iba a salir de mi casa, cuando me topo en la puerta con Serapio. Lucía una gorra de empleado de ferrocarril y traía un farol de señales en la mano.

—¡Bueno, dotor! —me dice no bien me ve, llenos los ojos de alegría—. ¡Ya no lo voy a molestar más! ¡Por fin me han repuesto en la empresa! Estoy de cambista. Aura me voy a tomar trabajo. Vengo a agradecerle todo lo que ha'hecho por mí.

—Me alegro. Y cuidate un poco... No vayás a andarte emborrachando.

—No, dotor. ¡Qué esperansa! Y perdone, dotor, que lo moleste por la última ves. Debo en la fonda unos pesito... y no me dejan sacar el baúl. Con cinco me arreglo, dotor. Es la última ves.

—Bueno; si es así. Pero, ya sabes... ¡Que sea la última!

—Muchas gracia, dotor.

Esa noche, en el comité, le digo al vice:

—¿No sabe? Serapio se empleó otra vez en el ferrocarril.

—¿Cómo? ¿Usted también cayó?

—¿Cómo dice? ¡Que yo he caído!... ¿En qué?

Aquí una sonrisita irónica del vice.

—¡Ay, doctor! ¡A que se le presentó con un farol!

—Sí; y me dijo que se iba a tomar trabajo en el ferrocarril.

El vice ríe a carcajada limpia.

—¡Le ha hecho el cuento del farol! No sabe que andaba con ese farol y una gorra prestada recorriendo a los dirigentes de la sección. El que le prestó el farol lo aguardaba en las esquinas, para no perderlo. Creo que llevaba un tanto por ciento.

## EL CUENTO DE LOS DESCUENTOS

Serapio no me pedía más dinero. Humilde, callado, venía muy de tarde en tarde al comité. No participaba de los entusiasmos ni de las «broncas» de los correli-gionarios. En las conferencias, aparecía por ahí, algo alejado de los grupos, con la mirada en el vacío, y al parecer, sin preocuparse por nada. Su presencia era puramente física.

Alguna vez le hacía un chiste.

—Y ¿qué tal te va en la empresa? ¿No te han echado todavía?

Tenía una sonrisa entre amarga y dulce. Una contracción indefinible.

Pasó un año largo.

Una tarde, Herrera llegó a mi estudio. Traía en la mano un fajo de papeles mugrientos.

—No vengo a pedirle plata, doctor. Vengo a que me ayude a cobrar mis descuento de la Caja Ferroviaria.

Tomo los papeles con cierta aprehensión. Hago cálculos. En realidad, tenía catorce años de servicios. Le corresponderían unos ochocientos pesos.

Le digo que eso implicaba renunciar a toda esperanza de jubilación y que mejor sería esperar. Quizá pueda volver a la empresa, de verdad, no como la otra vez.

Se hace el desentendido.

—No, doctor. Ya se me vense el plaso, y si no reclamo voy a perder los descuento. Quiero esa platita pa volver a juntarme con mi mujer y m'hija. Voy amueblar una casita.

De vez en cuando viene a preguntar si hay noticias. El asunto seguía su trámite en Buenos Aires. Pasaron unos meses. Un día se atrevió:

—Doctor. Ando sin comer. Emprésteme un par de peso. Cuando me paguen los descuento se los voy a devolver.

Dado el buen resultado, el pedido se repitió cuatro o cinco veces.

Pasaron tres meses sin que Serapio aportara por el estudio. Una tarde llegó, por fin, triste, humildísimo.

—Vengo a saber si hay alguna notisia.

—Ninguna... Pero... ¡Cómo dura esto! Vamos a escribir enseguida a la Caja.

Llamo al escribiente y se hace la carta. De paso, Serapio obtiene otro préstamo.

Tres días después llega la respuesta. El secretario informa que hace dos meses que esos descuentos fueron liquidados y girados por intermedio del Banco de la Nación.

Esa noche, bastante afligido, digo a los muchachos del comité.

—¿No lo han visto a Serapio? ¡Pobre! Parece que le han robado los descuentos de la Caja Ferroviaria. ¡Quién sabe qué «ave negra» se los habrá cobrado!

Cinco minutos después alguien me dice:

—Ahí viene Serapio.

—¡Pero, Serapio! ¿A quién diste poder? ¡Te han cobrado los descuentos en el Banco!

—No, doctor. Yo los cobré, hase como dos mese.

—¡Ahijuna! ¿Y por qué me hicistes escribir esa carta hace tres días?

Si no me atajan, le doy una paliza.

Después de dos años, ha vuelto a aparecer por el comité Serapio Herrera.

Me debe estar preparando el cuento número 4. Lo peor, es que tengo la sensación de que voy a caer.

## LAS COMUNAS DE SAN LORENZO

Apenas si hay cinco o seis criollos en el corralón. El secretario acaba de llegar. Pregunto por los dirigentes.

—Don Carlos salió anoche para Borghi. Don Victoriano... ya sabe lo dormilón que es. Lo estamos esperando a don Bartolo, que viene de Zavalla.

Hago entrar el Ford. Tengo una batata bárbara. Me palpito un revolcón. El corralón vacío; ni siquiera los fiscales.

Falta media hora para la apertura del comicio. Insistentemente, miro el reloj. Tomo unos mates, que me va alcanzando una chinita, mientras me paseo a largos trancos, para desentumecerme.

—Me parece, Arbelo, que nos van a dar un susto. Ni siquiera han venido los fiscales. ¿Se habrán dormido también?

—No se aflija, doctor. La llevamos robada. Los fiscales han ido directamente a las mesas.

Empiezan a caer algunos vecinos. Entran varios criollos a caballo.

Se encienden las fogatas, y la carne con cuero, extendida sobre unas rastras, que hacen de parrilla, empieza a chorrear grasita. Se arman las canchas. Las tabas van de ida y vuelta. Las primeras apuestas son insignificantes, como para despuntar el vicio.

—Veinte centavos al que espera.

—Cincuenta al que tira.

Salgo a recorrer las mesas. Todo está en orden. Los oficialistas nos miran con lástima. Estas comunales son un «calote». El jefe político ha corrido a los amigos queriendo formalizar una apuesta en la que daba doscientos votos de ventaja.

A las nueve, vuelvo al corralón, que rebosa el paisanaje. Hay seis canchas armadas. Don Victoriano acaba de llegar, todo apurado, arreglándose la corbata. Don Bartolo está de presidente en una mesa. Los criollos se acercan a saludarme, palmeándome con alegría.

—¿Cómo le va don Grosso? ¿No se acuerda de mí?

Yo, que soy un pésimo fisonomista, siempre me acuerdo de todo.

—¿Cómo no! Sí, hombre; de la otra elección — decía, por si pegaba.

—Claro, pues. ¿Y se acuerda del apurón aquel, cuando le gritó esas cosa al jefe en la plasa?

—¿Qué desparramo, no?

Los ojos de los criollos se llenan de gozo al ver que el caudillo de la ciudad no los olvida. Se me acerca uno, y me secretea:

—Oiga, dotor. Deme un pesito p'hacer unos tiro.

—¿Pero che, que sos madrugador!

Me topo con un viejo.

—¿Qué mi dotor! ¡Siempre güen moso!

—Vos sos Zenón, ¿no?

—¿Ha visto como mé'ha conosido!

—Cómo no me voy a acordar.

—¿Se acuerda? Yo asé la carne la noche del bochinche de los Brusa.

—¿Ah!... sí... es cierto. ¡Qué noche, no?

—¿Ah... mi dotor!

Ya se están dorando los primeros churrascos. Corto sobre la parrilla, y como con ganas. Un vaso grasiento pasa de boca en boca.

—Sírvase otro vasito, dotor.

—Bueno, traé. ¡Pa criar coraje!

Salgo precipitadamente. Don Bartolo me manda llamar. Los oficialistas están quitando las boletas a los nuestros en la puerta misma del comicio.

Me acompañan el secretario Arbelo y dos hombres de acción. Uno de ellos me parece un poco «amargo». Cuando vamos a subir al auto me dice:

—Yo creo que son cuentos, dotor.

—Miren... Quédense ustedes. Voy a ir solo con Arbelo. Cuiden la gente. Que no vaya a meterse algún oficialista a querer cambiar los votos.

Don Bartolo me informa que hay matones traídos ex profeso de Rosario. Están ahí, enfrente, en un banco de la plaza, el Cara de Madera, el negro Pancho y dos o tres más.

Salimos para la Policía. Al pasar, los matones nos miran con ganas. Cuando ya vamos un poco lejos, siento que gritan:

—¡Viva don Juan Centeno!

El jefe se niega a recibirme. Me hace decir que está en una conferencia. Me atiende el secretario. Muy ceremonioso, muy cumplido.

Pido que hagan retirar a los matones. Se me promete formalmente.

Por la calle principal pasan varios camiones atestados de votantes. Son obreros del arsenal de Borghi. Los traen los propios comisarios.

Algunos nos hacen una seña disimulada.

—Pero... ¿qué hace don Carlos que no manda la gente del arsenal? Me parece que nos van a revolver.

—No se aflija. Don Carlos ya los tiene apalabrados. Déjelos que los traigan ellos. ¡Buen chasco se van a llevar!

En el comité cunde la zozobra.

Llega otro parte. Los matones siguen en su puesto. La gente es atropellada en la vereda.

Lo llamo al secretario.

—Vea, Arbello. Haga de jefe de grupo en la mesa dos. ¿Tiene revólver?

—Sí tengo. Pierda cuidado, dotor.

Quince minutos después llega la noticia. Arbelo está preso. Se topó con los matones.

Nuevamente me entrevisto con el secretario: «Arbelo se ha desacatado a la autoridad. Sin embargo, le hablará al jefe. Tratará de complacerme». Yo veo que es una dilación. Arbelo saldrá en libertad... pero después del cierre del comicio.

Corro a la oficina del telégrafo. Hago un despacho al Ministro de la Guerra. Denuncio al segundo jefe del arsenal, que está maniobrando feo en Puerto Borghi.

En el Convento, un comisario aleja a los nuestros a cincuenta metros del comicio. Los oficialistas se apelotonan, en cambio, sobre la mesa. Protesto.

Pasan los comisarios conduciendo, ante nuestras barbas, numerosos votantes.

Llego al corralón.

—Hay muchos que no van a votar —me dicen los jefes de grupo— por estar prendidos en la taba. Es un verdadero caos.

Recorro las canchas y aviso a los «aviadores» que doy cinco minutos para hacer los últimos tiros. La jugada se suspenderá por media hora. Así consigo arrancar a los reacios hasta los automóviles.

Nuevo parte. Los obreros del arsenal vienen con boletas marcadas. Se ha agregado un nombre distinto en cada voto. Es un candidato de más, que se anula al hacer el escrutinio. Es una chicana que permite la ley. No hay nada que hacer.

Recorro nuevamente el corralón. Ahora todo marcha bien. Hay siete canchas.

El viejo Zenón, taba en mano, espera que terminen las apuestas. Refriega el hueso sobre el suelo. Lo levanta. Mide la distancia con la vista. Sale la taba.

Zenón da una voltereta en el aire, y cae de costado, a lo largo de la cancha.

Corremos varios.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Tropezó?

—Se ha muerto —dice uno.

Se arrima el criollaje. Pregunto:

—¿Será un desmayo? ¿No anda el médico por aquí?

—Pero, dotor. Si está sin pulso.

Lo ausculto. No hay nada que hacer. Zenón... está del otro lado.

—¿Pero qué culo más fiero había echau el finau! —dice un tape, mientras recoge la taba.

—Echó culo pal infierno —rectifica otro jugador.

El cuerpo de Zenón está tendido bajo unos naranjos, junto al tapial.

La taba de una de las canchas, de vez en cuando, pica cerca de los pies del difunto.

—Sabe, compadre, que le trai suerte el finau —dice el aviador, mientras pasa los billetes.

## REPORTAJE

—¿Un mate, dotor?

—Bueno, Romero.

Hay una larga pausa. Luego pregunto, por decir algo.

—Y la muchachada... ¿qué dice?

—Ai anda... media cabreiroa.

—¿Sí, che?... ¿Y por qué es la cosa?

Don Eufrasio Romero, portero y cuidador de la Cuarta de Fierro, hace un gesto vago, de contrariedad. Sus ojillos vivarachos me miran con cierta ironía, como diciéndome: «Por qué se hace el sonso». Después de revolver la yerba con la bombilla, solo me da esta respuesta:

—¿Qué dotor éste!

Me hago el sorprendido, y le digo muy seriamente.

—Le aseguro, Romero, que no sé nada.

—¡No v'a saber!... Pero, bueno... Ya que usted lo quiere, le voy a desir... La cabriada es por qué usted se desentiende del comité y lo deja todo en mano del «cabeza de calabasa».

—¿Del cabeza de calabaza! ¿Quién es ese?

—El vise, pues. ¿Quién más v'a ser?

—Che. ¿Y le han puesto ese mote?

—Ese's el desente; pa los dia de fiesta. Aquí nadies lo puede ver. Vea, dotor; ese hombre no es amigo suyo. ¡No se descuide, dotor!

—¡Pero, Romero!... ¡No te preocupés! Y después de todo... ¿Qué me pueden hacer?

—Aquí siempre andan los de la patotita, secretiándose en los rincones. Si usted viniese una noche, ai los vería, juntitos como bosta 'e cojudo, a Basaldúa, a Pepe el Tranquilo, al Cara e'ladrillo, al vise, y a ese alcagüete del Rusito.

—¡Dejalos! ¡Dejalos! Ya verás cómo al final los vamos a hacer tronar a todos juntos.

—¡Tenga cuidau, dotor!... ¡Tenga cuidau!

Entra la hijita de Romero.



—Buenos días, doctor. Deme el mate, tata. Yo voy a seguir la ceba.  
—Y decime, negro... Hablando de otra cosa. ¿Cuando estuvistes en San Juan, cómo fue eso del estanciero Gorritti?  
—Y nada, doctor. Que ese Gorritti era de la oposición. Parese que gritaba mucho. Nosotros éramos del gobierno. Nos mandaron que lo limpiáramos...  
—Y... ¿lo limpiaron?  
—Claro, pues. ¡Cómo piensa que no, doctor! Lo esperamos una noche en el camino de su estancia, que va bordiando un cerro. Le pusimos una piedra... Y tuvo que parar el auto.  
—¿Y?...  
—Que lo hisimos saltar pa arriba, como un sapo. Lo mismo al chafer.  
—¡Sos bueno vos también!  
—Y doctor... Somos como usted. Usted nos mandan. Nosotros, los pobre... obedesemo. ¡No tenemos más remedio que obedeser!

—Tata. No hay más yerba. Ya sabe qu'el doctor es muy delicau pal mate. Saco un peso.  
—Tomá, Ramoncita. Andá, comprá un kilo.  
Se interpone Romero.  
—No, doctor. ¡De ningún modo! Le asetaré cualquier cosa, menos eso. En la casa de Romero, la yerba, la paga Romero. Pobre y todo, tenemos nuestra desensia.  
—Muy bien, Romero. No hago cuestión. Entonces, tomá pa vos, Ramoncita. Pa caramelos.  
—Muchas gracias, doctor.

## EL TELEGRAMA

—¿Cómo le va, doctor? ¡Qué bien me viene encontrarlo! Mire, doctor; acaba de fallecer mi papá en Santa Fe. Acabo de recibir un telegrama.

Morocho, picado de viruelas, simpático, campechano, el correigionario saca del bolsillo el telegrama. Leo: «Ven urgente. Falleció papá. Elisa».

—Mi sentido pésame... Cuánto deploro.

—Doctor. Mire. A propósito. ¿No podría ayudarme para el pasaje? Tengo que tomar el tren de las cinco. Me faltan siete pesos.

Interiormente, deploro mi mala suerte. Todos los que tienen alguna desgracia me encuentran a mí, en cualquier esquina. ¿Por qué no habría doblado por Sarmiento, como fue mi intención? Ahora no tengo más remedio que formar.

—Vea, compañero. No tengo más sencillo que cinco pesos. Usted conseguirá por ahí los dos que faltan.

—Bueno, doctor. Le agradezco lo mismo.

El morocho recibe los cinco pesos y se los guarda tranquilamente. No demuestra mayor aflicción.

—Y ahora. ¿Dígame doctor? ¿Cómo vamos?

—Bien, compañero. Creo que son un robo las próximas.

—¿Usted será nuestro candidato?

—No lo sé. Depende de lo que resuelva el partido.

—Bueno, doctor. Cuente siempre conmigo. Cítara, a sus órdenes.

Sigo caminando. «Cítara. Cítara. Ese nombre me suena. Pero... ¿de dónde me suena?».

Por fin se me ilumina el entendimiento. Hace como un año, fue Pedrito Fuentes, de la Sección Primera, quien me dijo:

—Tenga cuidado con un tal Cítara. Anda con un telegrama falluto, haciendo el cuento del muerto. Sé que lo anda por pescar a usted.

Volví sobre mis pasos. Quería encontrar al tal Cítara. ¡Cuánto daría por que estuviese en la esquina todavía!

Hacía molinetes con el bastón. «Sí. Le voy a acomodar un garrotazo. ¡Así! ¡Detrás de la oreja! ¡Para que aprenda!».

Llegué a San Lorenzo y Sarmiento. El pájaro había volado.

Pasaron dos años.

Un día, la gallega me anuncia:

—Siñur. Un tal Zítara quiere verle.

—Que pase... ¡Que pase enseguida!

Cítara me tiende la mano, sonriente, afectuoso.

—¿Cómo le va, dotor? ¿Cómo vamos? Vengo a ponerme a sus órdenes.

Lo dejo que hable; que desarrolle todo su arte. Acaba de regresar de Santa Fe. Anda sin trabajo. Anda apuradito. Necesitaría poca cosa. Un par de pesitos nomás.

Cuando termina, me pongo de pie. Estalla mi indignación. Vibran los cristales de la biblioteca.

—¡Sos vos el cachafaz del cuento del telegrama! ¿No te da vergüenza de haberme embromado? ¡Tan luego a mí! ¡Qué rico tipo, sos!

—Perdone dotor —me dice humildemente—. Cuando uno anda necesitado tiene que aguzar el ingenio. Yo le hice el cuento porque necesitaba...

Final. Que Cítara se fue llevándose los dos pesitos.

## EL CHUECO BUSTAMANTE

—Pero... ¿cuándo v'a dar la'orden el dotor?

—Que yo sepa, Chueco, eso no va a suceder.

—Entonces... ¡nos vamo dejar arrollar!

Adentro hervía el comité. Los nenes del barrio chino, los carniceros y puesteros del Modelo y los estibadores del puerto formaban la barra brava.

La discusión se desviaba. Subía y bajaba de tono. El doctor Basaldúa se sinceraba. La convocatoria del comité no había sido con el propósito de pedir la expulsión del presidente sino para solicitar el cambio del portero, el negro Romero, que no los respetaba, que se hacía el interesante, que les negaba hasta el saludo. Don Eufrasio Romero, desde un rincón, escuchaba, muy callado. Parecía un verdadero angelito, inofensivo.

El gordo Espirado quiso sacar el facón. Gritos y protestas. El secretario estaba amarillo.

El presidente, doctor Grosso, con su aire de procurador de campaña, su pancita y su bastón, trataba de sonreír, bien ubicado tras un ex escritorio. Basaldúa desplegaba toda su diplomacia. «Si al contrario, lo que ellos querían era que el presidente frecuentara un poco más el comité. Solo se le veía de tarde en tarde, y de ahí las peleas, las disidencias». Grosso replicaba con la seguridad del que tiene la mayoría, y a los adversarios metidos en una ratonera. Le sorprendía ese cariño inusitado, que se había despertado de pronto en los «hidalguistas». Tan luego de los mismos que hacía tres días habían llevado una barra armada hasta los dientes para que lo agrediera en la Convención.

Se armó una de la gran siete.

—¡Viva el dotor Grosso!

—¡Viva Basaldúa! ¡Viva Hidalgo!

—¡Abajo! ¡Vivaaa!...

Un pelotón atropelló hacia la calle.

Grosso interviene paternalmente. «Respétense, correligionarios. Que haya vivas para todo el mundo y abajos para nadie. Somos un partido indisoluble».

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —gritaron algunos. El secretario seguía amarillo.

En la vereda.

—¿Pero... cuándo v'a dar la orden el doctor de meterle fierro a Basaldúa?

—¡Chueco! ¡Mejor es que te vayas a dormir!... Andás con malas ideas.

Salen los correligionarios tumultuosamente. Se han cambiado algunos «trompis». En la obscuridad brillan cuchillos y revólveres.

—¡Viva Hidalgo!

—¡Muera! ¡Viva Grosso!

El Chueco, mudo, feroz, con la mirada en el vacío, se desliza entre los grupos, buscando a alguien.

—¡Chueco de porquería! ¡Qué va a hacer! ¡No sea bárbaro!

—Pero, entonces... ¡nos vamo dejar arrollar! Hasta ahora, el doctor Basaldúa ignora que estuvo en un tris.

Todos los lunes hay que ir a pedirlo en las comisarías. El Chueco es el mejor cuchillero del barrio chino. El licorero Sívori se hace cruces.

—¡Qué nene me ha recomendado este doctor Grosso!

Este lunes, el Chueco no podrá salir.

Ahí está, en la morgue de la Asistencia. Tiene el cuerpo hecho un arnero. Dicen que tuvo en jaque a toda la comisaría. Hay dos vigilantes heridos.

Al salir, el licorero Sívori dice por lo bajo a Grosso, que marcha a su lado:

—Bueno, doctor. Ya tiene una vacante. Mándeme otro de sus muchachos.

Grosso parece preocupado. Tiene los ojos húmedos. Exclama sordamente:

¡Se nos fue el mejor! ¡Pobre Chueco! ¡Murió en su ley!

## MELLER Y SU MAMITA

—Pero... ¿está usted seguro? ¿Era ella?

—Segurísimo. La mamá de Meller en persona. ¿Cree, usted, que no la conozco? Si hace diez años que me pecha. Vino desecha en lágrimas a pedirme para pagar el alquiler. Me mostró la orden de desalojo. Yo, que conozco los bueyes con que aro, la largué con cajas destempladas.

Los ojos de Berrutti parecen el dos de oro. Se agarra los pelos. Camina a grandes trancos por la habitación.

Mi socio, el procurador Alberto Berrutti, es un buen muchacho, muy accesible, muy amable. Pero es también un nervioso impulsivo. Grita y patalea cuando alguien la hace una trastada. En vano lo aconsejo: «Hay que ser filósofo. Hay que ser escéptico. Se debe saber morir como los griegos, con la sonrisa en los labios. Y sobre todo: cuando uno ya está ‘definitivamente’ muerto para qué afligirse. No se debe patalear dentro del cajón».

—¡Me las va a pagar ese bandido, ese canalla de Meller! ¡Que yo lo agarre! ¡Que llegue a venir, nomás, por aquí!

—Pero... ¿qué es lo que le ha hecho, hombre? —inquiero un poco alarmado.

—¡Pues nada! Que ayer tarde se me presentó Meller, todo afligido, a pedirme cincuenta pesos para traer el cadáver de su madre, la que acababa de fallecer en San Lorenzo. ¡Si será sinvergüenza!

—¡Pero Berrutti!... Convéznase. Por ahora, el único muerto es usted. ¡Total! ¡En cincuenta!...

## SAMUEL BECKCHINSKY

El presidente del subcomité «Pedro Antonio Rearte» formuló con apremio su pedido.

—Se trata de un afiliado de mi comité. Está a disposición de Investigaciones. Lo sacaron de la fonda, mientras estaba comiendo. Creen que es un agitador. ¡Como hay huelga!

—¿Cómo se llama?

—Samuel Beckchinsky.

—¿De qué fonda lo sacaron?

—De la «Viña de Catania», frente a Sunchales.

—Y, este Beckchinsky ¿es correligionario?

—Sí, doctor.

—¿Tiene carta de ciudadanía?

—Sí doctor. Yo mismo se la saqué. Ha votado muchas veces.

—Hola... ¿Hablo con Investigaciones?... Sí. Con el diputado Grosso... Igualmente... A sus órdenes. Vea jefe... Ustedes han tomado preso a un tal Samuel Beckchinsky... Lo han confundido con un agitador huelguista. Es un buen hombre... A ver si lo larga... ¡Hágame el favor!

Horas después reaparece el ciudadano Pedro Antonio Rearte, presidente del subcomité «Pedro Antonio Rearte».

—Doctor. Beckchinsky sigue preso. Parece que en Investigaciones no quieren largarlo.

—¡Hola! ¡Hola! Ah!... Jefe... ¿Qué resultó del preso Beckchinsky? ¿Qué? ¿Que lo piden de Buenos Aires? ¡Prontuariado!... Sí. Sí. ¡No diga!... ¿Acababa de llegar en el tren?... Sí. ¡Ah! ¿No diga?... ¡Macroff!... ¿Se robó una menor? ¡Qué barbaridad! Bueno... bueno. Disculpe, jefe.

—Pero, amigo Rearte. ¿No me dijo usted que el tal Beckchinsky era un viejo

correligionario? Investigaciones... informa otra cosa.

—Y... doctor. Perdona. En el asunto me iba tirando veinticinco.

—¿Veinticinco qué?...

—Veinticinco pesos.

—¡Caramba, hombre! ¡Haberlo dicho antes!



## UN ANGELITO

Dos lagrimones corrieron por las mejillas del compungido correligionario. Hipaba su voz, llena de angustia.

—¿Usté no sabe lo que es esto, dotor! ¡Pobre nene! ¡No tener siquiera ni pa un cajoncito de pinotea!

—¿Y de qué murió su hermanito?

—De bronconeumonia, dotor.

Nueva crisis de llantos y lágrimas.

Me reincorporo en la cama, sinceramente emocionado. Hacen tres días que estoy pasando la grippe. El correligionario me entrevista en el dormitorio, dada la gravedad del caso.

—Bueno. ¡Qué le va a hacer compañero! No se aflija tanto. Lo vamos a ayudar. Yo no puedo costear el entierro... Estoy casi sin medio... Y lo peor, en cama. Pero... Vea; vamos a hacer una suscripción.

Tomo el teléfono de la mesita velador.

—¿Con el Comité?... ¿Con Romero? ¡Ah!... Vea Romero. Véngase enseguida. Algo de urgencia.

Mientras llega Romero confecciono una lista de los hombres pudientes de la Sección. La encabezo con \$ 10, que entrego al correligionario.

Romero pasa directamente.

—Vea, Romero. A este compañero se le ha muerto un hermanito. Hay que ayudarlo. Recorra con él a los dirigentes de la Sección. A ver si junta unos pesos.

—Está bien, dotor.

El correligionario se retira enjugándose una lágrima.

Romero «pispea» al correligionario, que en la calle ha recuperado todo su aplomo.

—¿Qué le parese —le propone— si ante de seguir viaje tomamo una grapita? Así se le pasa la pena.

—Como usted quiera.

Ya en camino, Romero cavila. Trata de indagar.

- ¿Ande vive, compañero?
- En la calle Dorrego 70 bis, departamento 2.
- ¿Ahí es el velorio?
- Sí. Ahí.
- Usted v'á perdonar, ¿no? Pero es una cosa establecida por el Comité. Ante de inisiar la suscripción es obligatorio visitar el dijunto.
- Como usted quiera.

Van llegando a Dorrego. El correligionario dice, con toda inocencia.

—Vaya y espéreme un ratito en la puerta. Voy a llegarme hasta la casa de un amigo que vive aquí, a la vuelta, pa avisarle de la desgrasia.

Hasta hoy estaría Romero en la puerta si no se le ocurre preguntar en el departamento 2.

Una vez que Romero se hubo explicado, parece que le dijeron:

—Aquí no se conoce otro angelito que ese presidente del comité de ustedes.

## EL DOTOR BASUALDO

Nadie como él para el pechazo. Negro, picado de viruelas, gordinflón, el pelo enmarañado, tirando a mota. Raída la ropa, que siempre le venía escasa. El sombrero chico, partido al medio, parecía escapársele de la cabeza. Tenía aires de procurador de campaña.

Penetraba al comité con cierta prosopopeya. Pasos acompasados y balanceo de compadre. Se cuadraba en seco, en medio del salón, y me espetaba su saludo, que subrayaba con fina sonrisita. Su llegada era siempre motivo de gran algazara.

—¡Dichosos los ojos que te ven, gringuito querido, indio rubio de San Javier! ¿Cómo te va, querido Alfredo? Mi más respetuoso saludo.

Su mayor éxito estaba en tutearme, cosa que nadie se permitía. Yo respondía con cierta indiferencia:

—¡Bah!... ¡Cayó la bolilla que faltaba! Esta vez, Basualdo, venís a mal puerto. Estoy seco.

—¡Pero no me tratés así, Alfredito querido!

La muchachada hacía rueda. Sabían que había jarana para rato.

—Pero che, gringuito... ¡Ya sabés que yo te quiero! ¡Pero Alfredito!... ¡No pongás esa cara! ¿Qué son para vos cinco pesos? Para el hijo predilecto de San Javier. ¡Compadecete, Alfredo, del pobre doctor Basualdo!

—No me hablés más de plata, Basualdo. Sos puro jarabe de pico. ¿Te creés que no te manyamos? Ya me han dicho que te recorrés los comités del gobierno, tirando la manga, y creo que hasta los demócratas... Después, te venís a los nuestros.

—¡Calumnias, querido Alfredo! ¡Calumnias! Pero... ¿cómo suponés vos?... ¡Haceme el favor, querido!

La familiaridad y las tiernas expresiones de Basualdo arrancaban grandes carcajadas. Yo, solo reía por dentro. Había como un convenio tácito para hacer el diálogo. Él, siempre amable, cariñoso; yo, en cambio, seco, intransigente.

—No, Basualdo. No hay caso. Si ya sé que en la sección andás en toqueteos con el negro Meana. ¿Te creés que no te han visto entrar en su comité?

—¡Me ofendés, gringuito!... ¡Me ofendés, Alfredo! —agrega con resolución—.

Me voy... ¡Adiós! ¡El doctor Basualdo no puede permitir que se dude de su honorabilidad! Acordate, gringuito, de lo que me hicistes en Santa Fe...

—Sí. Me fuistes a pechar... y te mandé por baranda. Como que estaba enterado de que te fuistes con pasaje oficial a la convención gubernista, entreverado con la farándula.

—Me dejastes en la vía... ¡Quince días varau! ¡Pero no importa, gringuito! Te perdono. Me voy. ¡El doctor Basualdo tiene su dignidad! Adiós, querido Alfredo.

Se vuelve de la puerta. Se me pone a la par, y me dice, con voz quejumbrosa:

—¡Pero, gringuito! ¡Tres pesitos nomás! ¡Para ropa interior!

Una carcajada festeja el pedido.

Yo sonrío, por fin. Basualdo entrevé una brecha, y se me acerca más. Me palmea, y me dice, meloso, bajando aún más la voz.

—Para ropa interior, Alfredo.

—¡Que sos rico tipo!

Como yo río francamente, Basualdo ve la partida ganada. Alza la prima.

—¡Vamos, gringuito! ¡Qué son cinco pesitos para vos!

—¡Cómo! ¿No habías rebajado a tres?

—Lo que vos querás, Alfredo.

Le pongo en la mano un billete de un peso, hecho un ovillo. Y le digo:

—Bueno. Ahí los tenés... Son cinco.

Basualdo abre la mano... y mira de soslayo.

—¡Cómo sos, gringuito! ¡Y yo que tanto te quiero!

Enseguida, cambiando de tono.

—El doctor Basualdo no acostumbra recibir limosnas.

Me devuelve el peso.

Lo tomo, y lo guardo, con indiferencia, en el bolsillo

—¡Pero, qué gringuito éste! ¿Y me vas a largar de'a pie? ¡Para ropa interior, Alfredo!

Vuelvo a sacar el billete.

—¿Lo querés?... Si no... se lo doy a Cayetano.

Hago ademán.

Basualdo lo arrebató en el aire.

—¡Bueno! ¡Traé, gringuito! ¡Me has vencido! ¡Tanto que te quiero!

Una carcajada saluda la derrota de Basualdo, que gana la puerta.

## LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Tres personas distintas... y una sola «bola» verdadera: Borla, Sánchez y Vorrizo. Eran utilísimos. Pertenecían a la categoría avanzada de los «animadores».

La mayor desventura de un partido sería que todos sus afiliados fuesen sabios. Se disolvería en la primera asamblea. Sería derrotado hasta por las huestes feministas de la doctora Lanteri.

Cuando menos hombres de pensamiento hay en un partido, más clara es su dirección y mayor su empuje. Por otra parte, los que piensan mucho, no se meten en política.

Por eso, Borla, Sánchez y Vorrizo, valían por todo un congreso y por varias universidades.

El número uno: Sánchez.

—¡Hola! ¡Hola! Sí... con Grosso. ¿Cómo le va Sanchez?... ¿Qué sucede?... ¿No me diga!... ¿Qué dice? ¿Que el doctor Abad ha recibido un telegrama de don Hipólito?... No. No creo que a Hidalgo lo manden de ministro a Santo Domingo. Los negros creerían que le hacemos un chiste los argentinos.

—¡Hola!... ¡Ah!... ¿Es usted, Sánchez?... ¿No me diga?... ¿En las pizarras de «La Libertad»?... No, Sánchez; no se haga ilusiones. Pérez León jamás renunciará para entregarle a Del Camino. Son cuentos de Bertolé. ¡Cualquier día larga Pérez León!

—¡Hola!... ¿Una comida en Venado Tuerto?... No; no puedo ir... No voy a Venado. Es muy lejos... Dele recuerdos al gordo Vizzia.

Sánchez solía comedirse para presentar a los oradores en las conferencias:

—Muchedumbre. Va a hacer uso de la palabra, nada menos que el pico de oro de la Sección Sexta, don Inocencio Castañeda.

—Muchedumbre. Va a hacer uso de la palabra, nada menos que el senador nacional, doctor Armando Antonelli, el pico de oro santafesino.

El número dos: Vorrazo.

Era el que daba los sonoros vítores cada vez que yo entraba o salía del Departamental.

—¡Viva el doctor Alfredo Grosso, presidente del Comité Departamental de la Unión Democrática Liberal!

—¡Viva el futuro triunfo de la fórmula Pérez León-Del Camino!

—¡Viva el doctor Hipólito Elizalde!

Siempre que llegaba de Buenos Aires, Vorrazo estaba en el andén con un grupo de correligionarios.

—¡Viva el diputado nacional doctor Alfredo Grosso!

—¡Viva el doctor Hipólito Elizalde!

—¡Viva la fórmula Pérez León-Del Camino!

—¡Viva el ministro de Comunicaciones doctor Benjamín Abad!

—¡Vivaaa!...

La gente que había ido a esperar a sus parientes, y los pasajeros que descendían, preguntaban alarmados:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido? ¿De qué se trata?

—Nada... Que acaba de llegar de Buenos Aires el diputado Grosso.

—¿Cuál es?

—Aquel grandote, de bastón, facha de fondero de campaña.

Y así se hacía célebre Grosso, como tantos otros.

Vorrazo tenía una debilidad, muy disculpable: su novia

—Doctor. Mire. Si mi novia se entera que vendo billetes de lotería en la calle me va a dar el esquinazo. Ya le dije que es maestra en Villa Constitución. ¡Hágame nombrar en la Municipalidad!

Vorrazo conquistó a fuerza de «vivas» el puesto de inspector de tráfico.

Ahora podía casarse tranquilo.

El número tres: Borla.

Borla era tartamudo. Tenía a su cargo un destacamento en la Subprefectura. Solía jugarse el puesto asistiendo de uniforme a las conferencias.

Corría el año 28. Estábamos listos para todo. Si los «centenistas» no nos dejaban votar, haríamos funcionar los gatillos.

Un día, llegó Borla a mi casa.

—Do... dododotor. En... enel dededestacamento tetetengo dododoscientos mauser y cincuenta mimimil tiros. Sisi... los nenene necesita mememe avisa nomás.

Corrí a dar la noticia a los dirigentes. Ya teníamos armas. ¡No se la iban a llevar de arriba los centenistas!

La elección se ganó holgadamente. Los centenistas, asustados de su propia bravura, aflojaron a último momento.

Pasaron los meses. Se conversaba en rueda, en el Departamental. Se recordaban episodios y gestos de macho.

—Menos mal que nos dejaron votar —decía el diputado Collín—. ¡Pero no se la hubieran llevado de arriba! Teníamos en nuestras manos todo el armamento de la Subprefectura. ¿Se acuerda, Grosso?

Sánchez, siempre presente, quiere saber de qué armamento se trataba.

—Los doscientos mausers del destacamento de Borla —explica Grosso—. Con eso, teníamos de sobra.

—¡Pero doctor! Si yo conozco todos los recovecos de la Subprefectura. En el destacamento de Borla hay sólo tres remigtons herrumbrados. Creo que no tienen gatillo.

Interrumpe la plática Vorrazo, que llega de la calle, seguido de un grupo de correligionarios.

—¡Viva el doctor Hipólito Elizalde!

—¡Viva el ministro de Comunicaciones, doctor Benjamín Abad!

—¡Vivan los diputados Collín y Grosso!

—¡Eh!... ¡Vorrazo! ¡No meta tanto bochinche! Mire que si grita tan fuerte lo va a sentir hasta su novia.

Sánchez pregunta intrigado.

—¿Qué novia?

—¡Pero la de Vorrazo!... La maestra de Villa Constitución.

—Pero si Vorrazo es casado. Tiene tres hijos.

## SECRETARIO AD HOC

Era un alhaja el nuevo secretario. La mar de cumplido.

Sin que nadie le solicitase colaboración, un día se puso en la puerta del Departamental. Hacía pasar la gente por riguroso turno.

A De Salustio se le amorataba la nariz. Una sombra parecía nublar sus miradas. Presentía un desalajo.

Surita era servicial, atento, como el que más. Le echaba tierra a diez De Salustios.

—Dotor. El auto ya está listo.

—Ya eché las cartas, dotor.

A veces variaba el trato.

—Mi jefe: lo he aliviado de la tarea. Todos esos del Matadero venían por puestos de peón. Hablé con el ingeniero Carty, de Puentes y Caminos. Ya van para allá.

—¡Es usted una maravilla, Surita!

—¡Ese es un correigionario ideal, desinteresado! Jamás molesta con pedidos para amigos o parientes —solía decirles a los miembros de la Directiva.

Por fin se había dado el batacazo.

El gobernador Pérez León había mandado por baranda a los «hidalguistas». Los «reformados» nos hacíamos cargo de las posiciones que aquellos iban dejando, por las buenas o por las malas.

El gran salón de la Jefatura era un mar de gente. Prestado el juramento por Arrichulaga, el nuevo jefe de policía, un grupo de entusiastas me había colocado sobre una silla.

—¡Que hable! ¡Que hable!

Después del discursito, una marejada de empujones me iba llevando hacia una



de las puertas de salida. Aunque estaba en la Jefatura, por las dudas, me abroché bien el saco. Había por ahí demasiados empleados de investigaciones.

Mientras iba navegando, a duras penas, como patacho naranjero, hacia la salida, vi que alguien me tendía una mano por encima del mar de cabezas. Era Surita. Ahí nomás, a gritos, me espetó su pedido.

—¡Dotor, dotor! ¡Yo quiero una Receptoría de Rentas!

—Bueno, Surita. Haremos lo posible.

Ya en el corredor, siempre empujado por la marea, sentía aún la voz de Surita.

—¡Dotor! ¡No se olvide!... Una Receptoría.

## UN POSTULANTE

—Suba en mi auto, doctor.

—No se moleste, Obregoso.

—No, doctor. Suba. ¿Adónde quiere que lo lleve?

—A mi casa.

Varios correligionarios rodean el auto de Obregoso.

—¡No se olvide... doctor! ¡Pa cualquier parte!... ¡Aunque sea en el Correo!

—Dotor... Deme un pesito.

—¡Muchachos!... ¡Adiós! No tengo más sencillo.

Arranca el auto a duras penas.

—¡Viva el presidente del Comité Departamental, doctor Alfredo Grosso!

—¡Vivaaa!

—¡Viva el triunfador de la cuarta!

—¡Vivaaa!

Hemos llegado. Obregoso ha abierto la portezuela.

—Adiós Obregoso. Muchas gracias.

—Perdone, doctor. Pero necesito que me dé una carta para el nuevo Jefe de Policía. Me deben una cuenta por provisión de alfalfa. Hace tres meses que no me pagan.

—¡Pero... Obregoso! Fíjese que son las once de la noche... Y aún no he cenado. ¿Por qué no me ve mañana?

—Doctor... En un momentito me hace la carta. Mañana tengo que ir afuera.

—Bien, Obregoso. Pase, entonces.

La cocinera está con cara de vinagre. La familia espera resignada.

Atravieso los dormitorios y entro al baño. Me lavo científicamente las manos. ¡He estrechado tantas durante el día!

Estoy haciendo aguas cuando oigo que alguien me habla a la espalda

—Doctor. He vuelto para decirle que no se olvide también de pedir la comisaría de Villa Alvear para mí.

Tuve intenciones de decirle: «lo que voy a pedir es que te cuelguen», pero me acordé que era político y presidente del Departamental. Arranqué del centro del hígado la más ingenua de mis sonrisitas, y le dije, amablemente:

—Con el mayor gusto, Obregoso. Descuide... Vaya tranquilo.

## CUENTOS DE LOS GRANDES

(Los cuentos que los grandes les hacen a los chicos)

## ORADORES

### BRANDERISMO

Juancito Gaspani, aprovechado discípulo del profesor Amavet, va a lucir su flamante título de bachiller en una conferencia de Rafaela. El discurso, con grandes invocaciones a la patria y a los manes del partido, descansa en un bolsillo de su elegante perramus, mientras el auto corre veloz por el camino de Esperanza. El ilustre Reynolds, su compañero de delegación, espía una ocasión propicia... y el legajo pasa al bolsillo interior de su saco.

Grandes aplausos. El secretario del comité acaba de presentar a los delegados. «Hablarán —ha dicho— dos jóvenes que son una esperanza de la patria, dos portaestandarte del civismo santafesino, diestros en el difícil arte de la oratoria, que adquiere en sus labios la majestad de los bosques inmensos y de las cordilleras estupendas de nuestra virgen América».

Reynolds trepa a la tribuna con arrogancia. Nueva salva de aplausos, que agradece con grave y medida inclinación de cabeza. Tras un detonante: «Ciudadanos», empieza la lectura, en gran estilo, de «su discurso».

Gaspani tiene un momento de duda, de estupor, pero reacciona violentamente. Prendido del saco del orador ruge con voz que ahoga la rabia:

—¡Bajate, ladrón! ¡Pillo! ¡Bajate, canalla, sinvergüenza!

Reynolds, imperturbable, termina la monumental peroración, que es saludada con un delirio de vivas y aplausos.

Nuevamente en la tribuna, el secretario del comité comunica a la asamblea que una imprevista indisposición privará, a los presentes, de saborear la brillante pieza oratoria que, sin duda, les tenía reservada el talentoso pico de oro santafesino, el joven estudiante Juan Gaspani.

### AGRADECIMIENTO

—¡Que hable Castañeda! ¡Que hable el santiagueño!

—¡Que hable el futuro representante de Rosario!

Castañeda, que ha llegado tarde a la comilona —tres gomas pinchadas en el camino— trata de desquitarse con media fuente de empanadas y algunos requetchos de carne con cuero. Pero los correligionarios del doctor Cúffaro quieren divertirse,

—¡Que hable Castañeda!

—¡Que hable el Belisario Roldán de la Sección Sexta!

Por fin, el interfecto se pone de pie. Aplausos. Signos de silencio. Expectativa.

Castañeda, con la vista fija sobre las viandas, hace un vehemente llamado a la diosa. El doctor Cúffaro le sonríe plácidamente desde un extremo de la mesa.

—Señores: —dice con inconfundible acento santiagueño— aunque mal... có... midos y mal bé... bidos vóia hacer uso de la pá... labra ante el pé... dido de esta fá... mélica asámblea...

El doctor Cúffaro, dueño de casa y obsequiante, se pone rojo, amarillo, verde...

Un pan hace impacto en la nariz de Castañeda, que acaba de perder la última probabilidad de ser diputado por Rosario.

## IMPROVISACIÓN

El doctor Gorostiaga ha accedido, por fin, a los insistentes pedidos de la concurrencia. Las damas, olvidando la elegante discreción que aconsejan las formas sociales, también han levantado su voz, y ahora, aplauden a rabiar.

Con voz fina e insinuante, con el gesto displicente, al parecer con ciertas vacilaciones, pero que concluyen por encontrar siempre la palabra certera, la frase justa, Gorostiaga va diciendo su improvisación. La asamblea premia cada párrafo con cerrados aplausos.

Hay ojos que se humedecen.

—Ante la insistencia de esta amable y selecta asamblea, en la que pone una nota de gracia la mujer más bella de la tierra, solo diré algunas palabras. Habéis de disimular la pobreza de esta improvisación, tanto más, después de haber oído a verdaderos maestros en el arte del bien decir...

Siguen las disculpas, y entra después, en las grandes y redondas parrafadas. El tono, la voz y los conceptos van subiendo, como un zepelín que toma altura. Hay corazones rendidos, labios entreabiertos, que parecen reclamar un beso de oro del apuesto Castelar.

Una pequeña confusión a la salida y un trastrueque de abrigos masculinos, originado, sin duda, por la circunstancia de servirse en la misma elegante sastrería.

El doctor Bernardo de Ortiz busca sus guantes, y topa, en cambio, con un fajo de papeles.

A la luz del foco de la esquina lee el primer párrafo, que empieza en la siguiente forma:

—Ante la insistencia de esta amable y selecta asamblea, en la que pone una nota de gracia...

## ÉXITO

El presidente, abriéndose paso entre los jugadores, da varias palmadas.

—Correligionarios: dejen el hueso un momento para oír los discursos de los delegados.

La correntinada continúa prendida. ¡Como si tal cosa!

—Dos al que tira.

—Cinco al que espera.

—Suert...

—Disgrasia, dijo una vieja.

La peonada del obraje, salvo unos pocos, que ya se cortaron, ni siquiera se mueve.

—¡Señores! ¡Hagan el favor! Dejen un momentito la taba.

¡Cualquier día se destrenzán! Sobre todo en la cancha del sargento, donde lleva diez manos el negro Chamorro.

Por fin, el doctor Rodolfo Villarreal, libre pensador y filósofo comtiano, ha conseguido reunir una veintena de «patos» alrededor de la mesa que aguanta el peso de su pancita.

El presidente del comité, con gesto desesperado, le dice por le bajo:

—Empiece nomás, dotor. ¡Con esta gente no se puede!

Villarreal hace un largo exordio, remontándose a las épocas primitivas de la humanidad, recuerda las formas de gobierno de la edad de piedra, habla del clan, del matriarcado, y pasa, después, a las democracias de Grecia y Roma para caer en «la noche sombría del Medioevo». Se detiene, luego, en la «aurora preñada de rojos fulgores de la Revolución Francesa, precursora del despertar americano», y llega, por fin, a la República Argentina, «crisol donde se plasma una nueva raza al calor de las modernas ideas». La última parte del discurso contempla el aspecto social de nuestra colectividad, «inorgánica y sin cultura científica», y anuncia, que una vez que el partido llegue al poder «combatirá enérgicamente el alcoholismo y el juego, verdaderas lacras sociales que degradan la conciencia nacional y mantienen estacionario el progreso y la educación de nuestro pueblo».

—No me gusta nada ch'amigo como habla este dotor —dicen algunos «co-

rientes» que se han venido acercando, después de perder la última «chirola».

El doctor Villarreal desciende con el aplauso aislado, por cumplido, del presidente del comité.

Trepa briosamente sobre la mesa Juan Andrés Ramírez, el más trucha de los oradores del partido.

—Correligionarios —atruena—. Cuando los «coludos» del gobierno, que tienen en sus manos un naipe marcado para ganar la elección, nos echen el «enviado y truco», nosotros le hemos de echar la «falta», aunque sea con dos negras de mal palo, y el «retruco y vale cuatro» con dos cinco y un siete falso. Si algún «coludo» les quiere quitar la libreta de enrolamiento, no se la den, ni le tengan miedo, porque son unos desgraciados, más amargos que un zapallo. Parece que en la gran tabeada del domingo se nos vienen con una taba cargada para robar la piala al paisanaje, pero no se aflijan, compañeros, porque esa taba culera es por demás conocida.

La correntinada se golpea la boca de puro gozo. Dos «yacaré» comentan con entusiasmo:

—¡Este cherubichá sí que habla lindo! ¡La gran flauta!

## TRIUNFO

El banquete a los héroes de la jornada electoral se desarrolla en la vasta explanada del pabellón de las rosas. Llega hasta las mesas un vaho de rosales en flor. La orquesta va punteando tangos y chacareras. Canta un ciego con voz de carnero en degüello.

El vino empieza a producir sus efectos.

—¡Mariño! ¡Mariño! ¡Otra botella, hombre! Este gaita quiere hacerse rico pronto.

Se ha convenido que no haya discursos. Es un torniquete a las expansiones. Los correligionarios dan salida a su buen humor tomando el pelo a los músicos, a los mozos, a Mariño. Los panes vuelan por encima de las cabezas, sin respetar a los mismos héroes victoriosos, a los graves jefes del partido.

Por fin, uno que no puede más, rompe la consigna. Revienta:

—¡Que hable don Prudencio!

Las ansias, tanto rato contenidas, se desbordan.

Todo el mundo atruena:

—¡Que hable don Prudencio! ¡Don Prudencio! ¡Don Prudencio!

El flamante diputado vacila. Teme infringir la orden. Pero una sonrisa animadora del doctor Hidalgo lo decide. Se pone de pie.

Un momento de delirio. Algunos comensales se acercan y abrazan a don Prudencio.



—Señores —dice este con voz emocionada—. No he venido preparado para hacer uso de la palabra, por lo que les pido disculpas por el atrevimiento.

Don Prudencio saca del bolsillo interior del saco un fajo de blancas cuartillas. Acomete su lectura.

Estupor y admiración en la asamblea. El doctor Victor Pisani interrumpe la lectura.

—Pido un voto de aplauso para la brillante improvisación de don Prudencio.

Don Prudencio dirige a Pisani un gesto retador, pero los abrazos y hurras de los correligionarios lo desarman y lo envuelven en una atmósfera de triunfo.

## UN ORADOR: DOS DISCURSOS

### Proclamando la fórmula.

La campaña electoral culmina con la proclamación de esta fórmula, expresión insuperable de talento, de civismo y de hombría de bien. Con el binomio Pérez León-Del Camino, inscripto al frente de nuestros estandartes, la victoria es una realidad incontrovertible. Pérez León, todo un carácter, probo, rectilíneo en sus inspiraciones y en sus procedimientos, es una garantía para su partido y para la provincia que aclama su nombre. Antonio Del Camino, jurista de universal nombradía, lumbrera de la ciencia, será la antorcha que nos conducirá por la ruta amplia y luminosa de los prístinos y humanitarios ideales que sustentamos.

Surge esta fórmula bajo los auspicios del jefe ilustre del partido, el doctor Enrique Hidalgo, que sabe llevar bien alto su apellido por la generosidad de su espíritu apostólico, la altivez y caballerosidad que pone en todos los actos de su vida.

Aquí estamos, señores, rodeando la magna fórmula, dispuestos a dar hasta el último aliento para verla posesionada de las insignias del mando, para prez de nuestro partido y gloria de la República.

(Grandes aplausos).

### Seis meses después.

La fórmula de la traición ha culminado en sus propósitos de descomposición partidaria, arrastrando por el fango el estandarte glorioso que empuñaran con mano digna tantos hombres ilustres del partido.

Aniceto Pérez León es, en verdad, un manso corderillo, que con su falta absoluta de carácter, no hace otra cosa que rubricar los despropósitos del más deshonesto, del más cínico, del más oscuro y falaz de los caudillos, Enrique Hidalgo, que de todo tiene, menos de lo que expresa su apellido. Para que nuestra desventura sea mayor, para que la traición sea más categórica, el segundo término de la fórmula, Antonio Del Camino, ese abogadillo de pleitos perdidos, verdadero «ave negra» de juzgado de Paz, con su torpeza característica, con su absoluta falta de luces, ha sido el camino fácil por donde se han deslizado los delincuentes que han herido de muerte a la alta idealidad partidaria.

No cejaremos, ciudadanos, hasta que no veamos a los componentes de este desgobernado, corrompido y falsario, que soporta nuestra desgraciada provincia, mordiéndose el polvo de la derrota, confundidos en el anonimato de la insignificancia, de donde nunca debieron salir para que no mancharan sus nombres las páginas immaculadas de la historia ilustre de la República.

(Grandes aplausos).

## DÍA DE AUDIENCIA

El vestíbulo, el patio, la salita y el zaguán rebosan correligionarios. Algunos esperan turno en la vereda. La gente del tranvía suelen preguntar:

—¿Algún muerto?...

—No. La casa de un diputado.

Me desperezó en la cama. Mientras leo los diarios hago encender el calentador del baño. Me levanto sin mayor apuro. Empiezo a acicalarme.

Años atrás, habría corrido. Me hubiese puesto nervioso al saber que cien personas, cien desesperados, me esperaban ahí, pared por medio. Son doscientos ojos que miran con ansias infinitas la puerta del escritorio, a la espera de que asome la pelada del señor diputado, y diga, como en las peluquerías:

—Pase el primero.

Terminada la toilette, tomo reposadamente el desayuno. Viene De Salustio, que oficia de secretario.

—Está una comisión del Comité del Matadero. Está Picirielli con el hijo. La mujer de Bermúdez quiere una recomendación para Córdoba. Hay tres mangüeros. ¡Ojo con Rinesi! Parece que quiere una firma para el banco.

Mi mujer me apura.

—¡Pero, hombre! ¡Movete! ¡Pobre gente!

En este momento, quizá por un fenómeno subconsciente, me estoy desquitando de la injuria de las largas esperas en los ministerios, en el despacho presidencial.

Por fin, termino. Son casi las diez. Hay gente que está desde las siete.

De Salustio anuncia que el señor diputado empezará a atender.

—Pase el primero.

Saludos y sonrisas desde la puerta a los más próximos.

—Disculpen si los he hecho esperar.

—No es nada, doctor. No es nada.

Todos están contentos. El hombre-providencia ha abierto sus puertas. El pro-

blema del porvenir está resuelto. El cielo ha descendido hasta la calle Córdoba.

Entra el ciudadano Stella. Quiere un puesto en el correo. Hace meses que no trabaja.

Tomo de encima del escritorio una pequeña libreta.

—¿Cómo se llama?

—Fermín Stella.

—¿Dónde vive?

—Catamarca 2045.

Arriba pongo con letras gordas «Correo», subrayado, para que el candidato vea.

La libretita mágica vuelve a su sitio, hasta que llega un nuevo postulante. Generalmente, después de la audiencia, queda cerrada hasta la otra próxima.

Sigue el desfile... Honorio Pizarro: un puestito en la Aduana. Pongo en la libreta: «Aduana», como antes puse «Correo». Alfredo Galli, y su hijo que no quiere estudiar: gestiones para que ingrese en la armada. Artemio Díaz: que se apresuren los trámites para su jubilación. Se hace una carta al Presidente de la Caja. Anselmo Benítez: la firma para un banco. No hay caso. Benzaquén: el traslado de un concripto de Diamante a Rosario. Arturo Resolani: la defensa de un hermano preso. Zacarías Godoy: puesto de maestra de labores para una hija. Isaías Curley: garantía para sacar a plazos un automóvil. Después de discutir... caemos en el lazo. María Brancati: recomendación para que despachen un expediente en el Banco Hipotecario. José Marcos Molina: quiere librarse de la conscripción. Cayetano Albanesse: puesto de peón en Puentes y Caminos. Jorge Rodrigo: cama en un hospital y recomendación para el médico de la sala. Manuel Romero: que le dé una orden para que le despachen una receta en mi farmacia. Antonio Ravasio: que le averigüe las condiciones para ingresar en la Facultad de Agronomía. Salustio Salas, Paúl Marcos, José Bendicente: puestos de peón en Obras Públicas. Margarita Bordes: una beca para su hijo. Juan Birlanga: protesta porque el presidente del Comité de Alberdi no lo atiende en sus pedidos. Romualdo Yralagoitia: que lo ayude a pagar el alquiler del sub-comité que preside. Antonio de la Colina: recomendación para el ministro Abad. Rodolfo Goicochea: un par de pesos para desempeñar un traje... Clotilde Narvaez: recomendación para que el ecónomo del Hospital Centenario le dé las sobras de las comidas... a fin de criar unos chanchos...

Tres de la tarde.

—De Salustio. Tome nota de los que aún no han podido pasar. Dígales que vengan esta noche a las siete. Los recibiré a todos... Vámonos a comer. Después, contestaremos las cartas, si es que nos dejan.

Hay uno que insiste.

- Dotor... Es sólo una palabrita...
- Bueno. Pasá.
- Deme un pesito, dotor.
- ¿Y para esto te estuvistes toda la mañana?
- ¡Qué quiere, dotor! La necesidá... Gracias. Cuente siempre conmigo.

## NECROLÓGICA

Los correligionarios se acomodaron en los dos únicos coches que habían venido con el fúnebre. Eran nueve.

Al «comandante» Barraza lo había muerto una bronconeumonía fulminante, pescada en una noche de recorrida por los bebederos de la Sección.

Daba categoría al acompañamiento la presencia del doctor Uzandiaga, presunto candidato a presidente del comité, en rivalidad con el doctor Celeri. Casi podría decirse que el acompañamiento lo componían los jugadores de un truco de seis, que se hizo noches atrás, en el almacén de Ramírez.

Uzandiaga se desvivía por sus muchachos. Noche a noche pagaba consumaciones en los almacenes. Después de las doce, solía hacer democracia sentándose en el cordón de la vereda con los de la barra.

—Es'es un crioyo —comentaban— y no un echau patrás, como el dotor Seleri, que solo v'al comité como'en visita é médico.

Los mancarrones trotaron y trotaron. Por fin, el «comandante» Barraza y sus acompañantes llegaron a La Piedad. Caminaron los nueve unas tres cuadras largas. El «comandante», de haber podido pensar, habría creído que era una de las tantas en que lo llevaban a dormir la tranca. Llegaron a un descampado, y se pararon junto a una zanja de un par de metros. Al lado había una lomita recién hecha.

—Aquí es —dijo Pata é palo.

—Che. No vayamos a meterlo en un hoyo ageno.

—¿Para quién es esta zanja?

—No sé —dijo el cavador—. Me dijeron que pa un pión de la ribera.

—Entonces... es para el «comandante».

Sin más preámbulos bajaron el cajón.

—¡Adiós viejo! —exclamó el Pajarito, todavía en curdela.

El velorio se había hecho con dos porrones de ginebra.

—Bueno, dotor... Dígale algo al finau.

Uzandiaga se paró sobre la lomita de al lado. Los nueve, más el cavador, hicieron rueda.

—Viejo Barraza. ¡Quién iba a decir que ayer nomás tomábamos la caña juntos en el almacén y que hoy ibas a estar debajo de tierra! ¡Viejo Barraza!... Tus compañeros de truquiadas y chupandinas de la Sección Novena te deseamos un feliz viaje. ¡Viejo Barraza!... Escribinos si en el otro lado hay almacenes, y si la caña es buena. Tené siempre a mano un naipe, pa cuando nosotros vayamos, y decile a Tata Dios que nos reserve algunas damajuanas de ginebra marca Llave. ¡Pero no te las vayás a chupar solo, viejo Barraza!...

Pata é palo, el Pajarito, y otro, al que le decían Chimango, lloraban juntos. Los demás, con los ojos nublados, miraban lejos.

Uzandiaga derrotó al doctor Celeri en las elecciones del comité por más de doscientos votos.

## UNA COIMA

Hacía días, creo que meses —posiblemente un año— que tenía el proyecto de comprarme unas camisas. Mi ropa interior no condecía con la posición espectacular que ocupaba en política. A la indumentaria exterior le pasaba algo parecido.

Ese proyecto de las camisas era duro de pelar. «Las compraría hechas o me las mandaba hacer». El problema se planteaba todas las mañanas, a la hora de vestirme.

—¡Caramba! No tengo camisas limpias.

—Ya te he dicho que necesitas comprarte más camisas.

—Bueno; hoy sin falta me las compraré.

Una vez encamisado y vestido, el problema desaparecía. Pero al día siguiente se presentaba, más apremiante, más angustioso.

El procurador Sediles me presenta al distinguido correligionario Abraham Berchhoff, fuerte tendero «pir mayor y minor» de la calle San Luis.

Berchhoff tenía un lío con la Receptoría de Rentas y debía pagar una multa más que regular. Se trataba de una evidente injusticia. Así lo aseguraba Berchhoff... y lo ratificaba Sediles.

Había sucedido, si mal no recuerdo, que un camión, cargado de mercaderías para una sucursal de campaña, había sido tomado por el camión de uno de los tantos vendedores ambulantes que Berchhoff tenía en gira. Berchhoff podía probarlo, porque el que dirigía el camión tenía libreta de chauffeur y carecía, en cambio, de la patente de vendedor ambulante.

Le di al señor Abraham Berchhoff una de las doscientas recomendaciones que otorgaba diariamente.

Días después, recibí una nueva visita del procurador Sediles. Venía a pedir dos o tres cositas. Algunas, tipo Berchhoff; otras, tipo ubicación parentela correligionaria.



—Sabe, doctor, que Berchoff le está muy agradecido. Le fue muy bien con su recomendación.

—Me alegro. Me alegro.

—Berchoff quiere hacerle un obsequio.

—Usted me ofende, Sediles. Ya sabe que yo no pertenezco a la categoría de esos políticos que cobran los favores que hacen.

—Pero, doctor... No se enoje. Se trata de una simple atención...

—No siga, le digo.

—...quiere regalarle una camisa de seda.

—Le digo, Sediles, que doble la hoja. Jamás lo permitiré. ¿De qué estábamos hablando antes?

—Del puestito de maestra de labores para mi hermana.

—Ah... Sí; ya lo anoté.

—Bien, doctor. Me voy a retirar. Pero... vea. Permítame que sea yo el que lo obsequie con la camisa.

—No, Sediles, no. ¡De ninguna manera!

Sediles va retrocediendo por el zaguán, hacia la puerta de calle. Gentilmente lo acompaña.

—Pero... vea, doctor. Permítame esa atención. ¿Qué número usa de cuello?

—Ya le he dicho que no, Sediles.

—Pero, doctor. ¿Dígame que número usa?

—No insista. ¡Es inútil!

—Pero, doctor. ¿Qué número usa?

—Cuarenta y dos.

Es placentero estar escribiendo un cuentito como este y sentir, voluptuosamente, la suavidad de una hermosa camisa de seda azul, con monograma y todo.

## REVOLUCIONARIOS

La derrota había sido aplastante. Se hacían comentarios jocosos sobre cierta frase de nuestro candidato.

—Tengo un miedo bárbaro de tener unanimidad en el Colegio Electoral.

Pero nosotros, los machadistas, estábamos con la sangre en el ojo. Había ganas de hacer un disparate.

El escrutinio se había iniciado, y como la Junta anulara algunas actas, parecía que se iba a modificar el resultado. Un error en las de San Javier ya le había quitado un elector a los triunfadores. Se decía que estos estaban reuniendo gente en los comités para asaltar la Legislatura y voltear al gobierno.

Yo dirigía El Verbo, diario oficial. Me fui a verlo al gobernador.

—Deme gente y armas. Si les da por meterse a locos hay que darles una lección.

El gobernador Machado estaba sobre aviso; la policía también. Llegó el jefe político, y del bolsillo de atrás del pantalón sacó un gallardete de tres colores. Era el distintivo que serviría para reconocernos en caso de pelea.

Se me prometió gente para la tarde.

A las cinco llegó un coche con cuatro tapes, un fardo con varios remingtons y un tarro lleno de balas de más de un gema de largo.

Puse el armamento en una pieza vacía de la redacción y la cerré con candado. Los tapes se quedaron en el patio, mateando y churrasqueando.

Gallo, el regente, observa a los negros. Luego me dirige una mirada de conmiseración. Gallo era mi brazo derecho. Cuando pasaban los manifestantes «lamonistas», espumarajeando, henchidos por la victoria, se ponía tras la puerta, cuchillo al cinto y garrote en mano. Generalmente, yo había escrito, momentos antes, alguna frasecita alusiva en la pizarra de la calle.

Circulaban toda clase de rumores. Sombras siniestras caían sobre la ciudad. Cerraba la noche cuando llega Álvarez, el dueño del Hotel Internacional.

—¿No sabe? ¡Ya empezó el bochinche! Están peleando en Barranquitas.

Corro al patio y digo a Gallo.

—¡Ha visto! ¡Ya se armó la gorda! Están peleando en Barranquitas.

Los cuatro tapes me oyen. Pegan un brinco. Parece que tienen fuego en el trasero. Corren por el patio. Dan saltos. Atropellan la puerta donde se guardan las armas. Quieren echarla abajo a patadas y pechazos. Gallo los saca a empujones.

—¡Cha... que habían sido flojos!

Momentos después se aclara la noticia. No había tal pelea en Barranquitas, sino que en Barrancas, pueblo del departamento San Gerónimo, el jefe político Aldao había salido en persecución de un dirigente «lamonista», que se había alzado con gente armada por las islas.

Gallo se me acerca.

—Don Alfredo. Vea; estos tipo no sirven pa nada. Ya los ha visto. Devuélvalos a la comisaría.

Hablo por teléfono. Quedan en mandarme otros mejores. Fleto los tapes en un placero.

A las diez de la noche cargo en un coche otros tres negros. Son de primera agua. Uno tiene tres muertes; otro acaba de salir de la cárcel. El más infeliz peleó dos veces con la policía.

Gallo nos ve llegar. No dice nada.

A las once, deliberamos. Si hay bochinche, la imprenta no se presta para nada. Es una casa baja, encajonada entre edificios altos. Hay que buscar un sitio estratégico. Decidimos posesionarnos del teatro, que está a la cuadra.

Voy a verlo al administrador, que a esa hora timbea en el Club. Invoco el nombre del gobernador.

Misteriosamente, con la carabina metida en una pierna del pantalón, entramos rengueando por la verja de la calle Garay.

Los negros se ponen a hacer ejercicios en el escenario. Avanzan, retroceden, mueven los cerrojos. De pronto, suena un estampido.

—¡Pero... la gran siete! ¡No les había dicho que vayan a ocupar su puesto en la azotea!

Se oyen pitadas de auxilio. La gente del Club del Orden ha salido a la vereda. Algunos toman apresuradamente el rumbo de sus casas.

Pasa un vigilante dando silbatos cerca de la verja.

Lo chisto suavemente, oculto tras los arbustos del jardincillo.

—¡Cállese, hombre! ¿No sabe? El tiro fue aquí. Soy el diputado Grosso. Somos del Gobierno... Somos revolucionarios.

—Disculpe, señor. Yo no sabía...

Los negros recorren el teatro, penetran en los camarines, se pierden entre las sombras, tropiezan con las escaleras, los palcos, las sillas. Oigo que uno de ellos comenta:

—¡Qué vamos haser aquí sinco hombre! Esto es muy grandote. Se necesitarían dosientos, por parte baja, pa defender este edifisio.

Hace tres horas que estamos cuerpo a tierra, esperando el ataque.

Los tres tapes en fila, sobre el frente de la calle San Martín. Gallo y yo, algo atrás, sobre Garay.

Desde la azotea no se puede ver lo que ocurre en la calle. Los «lamonistas» pueden venirse tranquilamente, recostados a la pared, y penetrar en el teatro. El negro, pienso, tiene razón. Pero, en último caso, haremos un combate en el interior.

Empieza a palidecer el naciente. Cantan los gallos. Está próximo el día.

—Esta debe ser la hora elegida para el ataque, si es que lo va a haber —digo a mi compañero.

—Vea, don Alfredo —me responde Gallo—. En cuantito suenen los primeros tiro tenemos que liquidar a estos tres individuo. Si no, ellos nos van a matar a nosotros. Están cagaus de miedo. Usté, tírele al de la derecha. Yo voy a despachar a los dos de la izquierda.

## EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Había un parrafito del discurso que pronuncié en la recepción al Jefe que se me había pegado. Me gustaba con locura, y lo repetía en casi todas las conferencias callejeras. Se refería al descubrimiento de América.

«Se ha querido poner sombras en nuestras immaculadas glorias, diciendo que somos el partido de la plebe, que somos la chusma. Pues, bien, señores; cuando Cristóbal Colón —iluminado por su genio— concibiera el inmortal proyecto de arrancar al Océano su secreto, no fue a golpear a las puertas de los castillos feudales para pedirle a los señores que lo acompañaran en la empresa, ni reclamó de los ilustres capitanes de la época el apoyo de sus espadas victoriosas; fue a las cárceles, fue a las galeras, y rompiendo las cadenas de míseros galeotes, de condenados a la pena infamante de la horca, se lanzó con ellos al mar... Y cuando en la madrugada del Doce de Octubre, al grito de ‘tierra’, el cañón de La Pinta anunciaba al mundo la epopeya estupenda, y la virgen América surgía del Océano ofreciendo sus senos ubérrimos a un mundo carcomido y en plena bancarrota, aquellos miserables, aquellos ex hombres, alineados al pie de los mástiles de las naos victoriosas, ya no eran tales, y recibían, con los primeros rayos del sol naciente, el beso de la Gloria que iría por los siglos de los siglos proclamando sus hazañas».

Después de la conferencia se me acerca Bacigalupo, reservado, sombrío, enigmático, como siempre.

—Sabe, doctor Grosso, que me doy cuenta que nos está conociendo. ¿Pero no le parece que tenemos el barco demasiado lleno?

## LOS BERSAGLIERI DEL LAVORO

Trabajábamos de salvadores de la humanidad.

El amplio salón de la Universidad Popular del «Libre Pienso», como decían los curas, estaba de bote en bote. El gordo Bahía daba remate a su monumental conferencia: «El gran arte o la misión del genio». Había recorrido la historia antigua, media y moderna, explorado los cinco continentes y arañado el futuro portentoso de una humanidad nueva, donde el genio se serviría en platitos, como la manteca. Las citas parecían disparos de ametralladoras. Nadie sabía dónde tenía la cabeza. La concurrencia, desconcertada ante tanta sabiduría, permanecía reacia a los entusiasmos, pese a la grandiosidad del orador y de su conferencia.

El huésped de honor, conde de Schipone, un metro treinta de altura, levita hasta los tobillos, cuello duro de un gеме, cabecita plumereante de rubios rizos, —verdadero muñequito de resorte— saltó ágilmente de la silla para felicitar al gordo.

Se adelanta el secretario:

—Señores, se encuentra entre nosotros el distinguido intelectual, leader del librepensamiento universal, conde de Schipone. En nombre de la comisión directiva tengo el honor de invitarlo a ocupar la tribuna.

El conde se dobla en repetidas reverencias.

—Siñore. El quenio no se ha sentado camáss en la mesa de loss poderososs; el quenio ha dormido siempre en lass bohardillass, debaco de loss puentess en loss umbraless de loss palacioss de loss ricoss; el quenio camáss ha hecho migass con loss hombres robustoss y gordoss... el quenio... el quenio...

La gente aplaudía rabiosamente. El gordo Bahía se pasaba el pañuelo por la papada.

Días después, el conde de Schipone, de la alta nobleza romana, se revelaba un verdadero «quenio». Dormía sobre la alfombra de mi escritorio. Exhibía cartas de las principales personalidades del país: de Estanislao Zeballos, Alfredo Palacios, Manolo Carlés, Alberto Ghirardo, Monseñor D'Andrea y Horacio Oyhanarte.

El conde Schipone realizaba grandes cacerías en los pueblos de los depar-

tamentos Las Colonias y Castellanos. Se dedicaba a la caza del «connacional». Para ello, llevaba las tapas de su futuro libro: «Los bersaglieri del lavoro». En el figurarían todos los italianos que luchaban en esta pródiga tierra. Para figurar en el libro había que dar el retrato, los datos biográficos y diez pesos. Las fondas y los almacenes eran sus sotos preferidos. Cada pueblo rendía cincuenta, cien y hasta doscientos pesos por día.

Cuando Schipone llegaba del campo se dirigía hacia mi casa en coche descubierto, el que permanecía luengas horas a la puerta. Instalado en el escritorio, pontificaba ante los numerosos habitués de mi cenáculo. Con gesto magnífico hacía traer un cajón de botellas de cerveza.

Generalmente repetíamos el cajón.

## LA CONFERENCIA DE AMINGA

### I

La delegación llegó hacia las diez al almacén de Gamaniel Brizuela. Entumecidos, bajamos del auto, tambaleándonos como beodos.

Un pelotón de hombres nos rodeaba. Sonaron cohetes japoneses.

—¡Manos para la delegación del Comité Nacional a la Rioja!

Aplausos cerrados.

—¡Viva el machazo don Gamaniel Brizuela!

—¡Viva pooo!...

Saludamos a don Gamaniel. Pasamos al corredor.

—Sírvanse algo... ¿Un vasito de cerveza?

—¡A la salud de los correligionarios de Pinchas!

—Salud.

Sobre la mesa, entre los vasos, empezó a reventar una gruesa de cohetes.

—¡Que hable el delegado!

—¡Que hable!

—Correligionarios: me encuentro un poco afónico. Mi secretario, el doctor Locarno, lo hará por mí,

—¡Manos para el doctor Localvo, secretario del comité Nacional!

Aplausos.

El doctor Locarno saluda al pueblo ahí reunido, y asegura que venimos en misión de paz, sin prevenciones ni preferencias para nadie. Todos deben cobijarse, como buenos hermanos, bajo los pliegues de la enseña partidaria y obedecer a una sola voz de mando: la del delegado del Comité Nacional. Locarno encaja en su discurso algunos versos de Martín Fierro, y asegura que el delegado «Es toro en su rodeo. Y torazo en rodeo ageno».

La cocinera de don Gamaniel aplaude frenéticamente.

Cuando el orador desciende de la mesa los cohetes le chamuscan los cabellos.



—Don Gamaniel. Lo esperamos esta tarde en Aminga. Así arreglaremos definitivamente las cosas.

—¿Adonde va a ser la reunión?

—Será... en lo de don Atenágoras.

—¡Ah!... No, delegado. Yo no voy a lo de don Atenágoras. ¡Qué más se quisiera! ¡Que venga él aquí si quiere!

—Bien, don Gamaniel. Si usted no quiere ir, haremos que don Atenágoras venga a su casa. Es una simple cuestión de fórmula.

Pero Atenágoras Godoy tampoco quiso saber nada de ir a lo de Gamaniel.

Eran las tres de la tarde, y aún no habíamos encontrado un sitio neutral para reunir a las dos fracciones. La fonda de López era quiroguista; la casa de Fuentes, albanista; la quinta de Lucas, quiroguista.

Todo, hasta el piso, estaba embanderado.

Nos esperaban esa noche en Aimogasta con un banquete.

—Vea, usted Gayero, que parece el menos intransigente. Busque un sitio neutral para la conferencia. En último caso, nos reuniremos en un banco de la plaza.

—No hay plaza.

—En la calle, entonces... En cualquier parte.

Regresaremos mañana por la tarde.

## II

Oscurecía cuando íbamos entrando en Aminga.

Un individuo cruza el callejón llevando una mesa por sombrero. Otro lo sigue con una lámpara. Varios, van detrás con algunas sillas.

Paramos el auto.

—¿Están de mudanza?

—Vamos a la casa desocupada. Llevamos esto para la conferencia.

Y efectivamente. Ahí, en una casa vacía, sin puertas ni ventanas, se realizó el pacto de Aminga.

¡Guayaquil... San Martín, Bolívar! ¡Unos porotos!

## LA CARESTÍA DE LA VIDA

La universidad popular marchaba viento en popa. Ahora se estaban dando una serie de conferencias sobre la carestía de la vida. Mucho tiempo después he pensado que, posiblemente, una «olla popular» habría sido objeto de mayor agradecimiento por parte de nuestros numerosos y devotísimos oyentes. Pero era una época de idealismos puros, sobre todo, para los que dirigíamos la cosa.

Soiza Reilly andaba, entonces, por Santa Fe, caricaturando personajes. Lo incorporamos al movimiento. Pero a Soiza le agradaban más los chinchulines a la parrilla en los fondines de extramuros que las sesudas conferencias de los profesores de la Universidad.

Esa noche, estaban de turno don Napoleón Bonacosa y el manco, doctor Quiroga, famoso por sus arremetidas y por su chispa.

Habló primero el manco. Tomó el asunto por el lado de la «xoda». Entre otras muchas cosas, dijo que la carestía de la vida había sido solucionada por los criollos de los ranchos del bajo del Salado. Afirmó que con un sábalo, pescado a fija, y unos yuyitos y «leña de vaca», el problema estaba resuelto. Hubo aplausos estrepitosos.

Don Napoleón, a su turno, desenfundó un grueso block de cuartillas... y arremetió contra sus oyentes.

Soiza Reilly, en primera fila, como invitado de honor, dirigió una mirada preguntona a Grosso y a Villarreal. Se había convenido una formidable parrillada para después de la conferencia. El tema, la carestía de la vida, serviría de apetitivo.

Don Napoleón continuaba, imparable, infatigable, su lectura. De vez en cuando se enojaba, levantaba la voz, y caía luego en pasajes sentimentales. Nosotros, no podríamos decir si la conferencia fue buena o fue mala. Creemos que lo primero, porque don Napoleón es un verdadero maestro. Lo único que ocupaba nuestro pensamiento, con una fijeza enfermiza, era la parrillada.

Una hora y media de lectura llevaba el orador cuando vimos que en sus manos se arrugaba la última cuartilla. La primera fila de platea se agitó nerviosa.

Soiza Reilly rompió con un espectacular aplauso, que arrastró a toda la asamblea.

—Ahora viene la parrillada —dijo por lo bajo a Villarreal.

Acallados los aplausos, don Napoleón, que los agradecía con exquisitas inclinaciones, agregó:

—Con el permiso de ustedes voy a atacar con la segunda parte.

Y de encima de una silla, que ocultaba la mesita del clásico vaso de agua, levantó un fajo de papeles, más voluminoso aún que el anterior.

Soiza estaba semidesmayado. Villarreal reía forzosamente. Grosso sudaba a mares.

## ¡META LA CHIQUITA!

Había que ganar la elección, cueste lo que cueste. Rodolfo Acuña, el jefe político, era «buena mano».

Meses atrás, en Tostado, habían ocurrido cosas raras. A un dirigente le metieron una puñalada a la salida de un biógrafo; a otro lo mataron en las romerías, en plena plaza. A don Fernando Almará le habían roto un brazo con una bala de winchester, enviada al través de una ventana de su casa. Pero nadie sabía nada. La policía menos.

Acuña llegó con la consigna de poner orden, reconciliar al pueblo con el gobierno y ganar la elección. El candidato a diputado era un íntimo del gobernador.

Ningún dirigente que preciara su vida caminaba, aún de día, por las veredas. Tomaba el medio de la calle. La mano homicida podía descargar impunemente su arma desde un tapial, una ventana o el techo de una casa.

Los caudillos máximos, Anacleto Barrios y Segundo Morales, se recelaban. Cuando salían a recorrer el pueblo llevaban cuatro «guarda espaldas». Dos por la vereda derecha, dos por la izquierda.

Ambos caudillos fueron a quejarse.

Don Anacleto Barrios, dijo:

—Me consta, señor jefe, que Segundo Morales me ha mandado matar.

Don Segundo Morales, dijo:

—Me han asegurado, señor jefe, que Anacleto Barrios me ha mandado asesinar.

Los dos agentes, equipados con carabina y cartuchera, se presentaron en el despacho del jefe. Rodolfo Acuña les dijo:

—Usted, agente Gómez, se va a la casa de Anacleto Barrios. Monta guardia en la puerta. Cuando don Anacleto salga a recorrer el pueblo, echa armas al

hombro y lo sigue a diez pasos de distancia. Usted me responde por la vida de don Anacleto.

—Está bien, mi jefe.

—Usted, agente Lencina, hace lo mismo en lo de don Segundo Morales. Y me responde, también, de la vida de don Segundo.

—Está bien, mi jefe.

Dos horas después llega un telegrama del ministro de gobierno pidiendo informes sobre sendas quejas de los ciudadanos Anacleto Barrios y Segundo Morales, a quienes la policía tenía con centinela de vista.

Se suspendieron los centinelas.

Vísperas de la elección.

Esa noche, Rodolfo Acuña, anda como el zorro, avanzando ranchos. Hay trescientas libretas de enrolamiento en la caja de fierro de la policía.

Las comisiones hacen arreadas a granel.

Los opositores gritan, patalean... telegrafían.

Domingo.

El comité de los opositores negrea de gente.

En el comité de los oficialistas se tabea con entusiasmo. En el opositor, para no pasar por sonsos, se hace otro tanto.

Parece que los opositores llevan una pequeña ventaja.

Mesa de receptoría.

Está el cabito Argüello al servicio de la mesa.

Cuando se acerca algún criollo, que ha llevado el jefe de grupo opositor, el cabo le dice al pasar, como al descuido:

—Meta la chiquita, compadre.

La boleta de los oficialistas es chiquita; tres veces menor que la opositora. Se parece a esos versitos que venían antes, dentro de los confites largos.

Los opositores festejan el triunfo. De las seis mesas del pueblo, hasta ahora han empatado una y ganado cuatro. Es cierto que por unos pocos votos... Falta aún el escrutinio de la mesa de la Receptoría.

Atruenan las bombas. Se sienten los alaridos de los borrachos, que se golpean la boca. Un tropel de jinetes pasa frente a la Jefatura. Se siente un:

—¡Viva el triunfo de don Anacleto Barrios!

Un chino, hamacándose sobre el matungo, se da vuelta, y pega el grito:

—¡Cagaron esas mierdas!

El escrutinio de la mesa de la Receptoría ha dado un resultado sorprendente. Se han anulado cuarenta y dos votos dobles. Dentro del mismo sobre venía la boleta grande de los opositores y la boleta chiquita de los oficialistas.

El gobierno gana la mesa por cincuenta votos.

Los opositores han dejado de tirar bombas.

La elección se ha decidido por cinco votos, en total, en favor de don Rodolfo Acuña.

—¡Meta la chiquita, compadre!

El cabito Argüello fue ascendido a sargento.

## PESQUISAS

Tres días que vigilaban la casa. No podía sacar el armamento. Y la elección se nos venía encima.

Las parejas de «pesisquisas» se turnaban día y noche. Algunos de sus compañeros, desde la misma policía, se encargaban de darme por teléfono el nombre e indumentaria de los que venían.

El arsenal no era muy nutrido, pero... «positivo». Una escopeta de dos caños con cartuchos de munición patera, un mauser búlgaro con balas dum-dum, dos winchesters con cien balas explosivas, una pistola parabellum con cinco cargadores y varios revólveres de diversos calibres. Con ese equipo pensaba realizar la «marcha sobre San Lorenzo», por si al jefe Bertozzi se le ocurría embarullarnos las actas.

De Salustio salía de vez en cuando a olfatear la calle. Su nariz afilada se prestaba admirablemente.

—Este armamento, De Salustio, debe salir de aquí antes del sábado. Si no, no vamos a poder ir a San Lorenzo.

—El gallego Burguillo ya tiene listo un garage para esconderlo.

—Pero... ¡la cosa es sacarlo!

Hacia el mediodía, me visita el doctor Borsatta.

—Mírelos, Borsatta. No levante la cortina... Son esos que están ahí... haciéndose los pavos.

—¡Caramba! De noche... quizá se podría.

—De noche, peor. Más a la vista.

—Se me ocurre una idea, Borsatta. ¿Si usted se prestara?...

—Eso... ¡Ni qué hablar! Diga nomás.

—Espéreme un momentito.

Llamo a Alcibíades, caudillo de siete años.

—Che, nene. Andate a la esquina de Plata, y si está el chofer Moruzzo, decile que me espere, que voy a necesitarlo.

—Dice Moruzzo que está bien.

—Blás. Envuelva las armas en unas lonas. Usted, doctor Borsatta, va a salir a la calle con este rifle envuelto en un papel. No importa que se le vea la culata. Es el rifle de aire comprimido del nene. En la esquina de Plata se toma el primer ómnibus que pase. Antes de entrar en su casa, me hace el favor... lo desenvuelve, y lo prueba en la calle.

—Comprendido.

—¿Todo listo?...

—Todo listo.

El doctor Borsatta, en la vereda, se despide de la familia. Debajo de uno de sus brazos asoma la culata del rifle.

Los pesquisantes estiran el pescuezo, alargan las narices.

Borsatta sigue rápidamente, calle abajo. Al llegar a la esquina, salta a un ómnibus, que pasa en el momento justo. Los «sabuesos» pierden la línea. Ahí mismo, sin disimulo, se encaraman en un auto y parten a escape.

Ómnibus y auto se pierden de vista.

—Ahora, Blás, vaya y dígame a Moruzzo que arrime su coche.

Cargamos tranquilamente el arsenal. Pero el jefe Bertonazzi resolvió, en esa elección, no hacer fraude.

¡Estaba tan seguro de ganarla!



## LA RETIRADA DE HIDALGO

Hidalgo se abrió paso, con gesto humilde, hacia la baranda del palco.

Todavía, algunos fanáticos seguían gritando:

—¡Que hable Hidalgo! ¡Hidalgo! ¡Hidalgo!...

Una salva de aplausos saludó su presencia.

Un grupito de antihidalguistas rompió entonces desafortunadamente:

—¡Que hable del Camino! ¡Del Camino! ¡Que hable del Camino!...

Pérez León, el candidato, hacía gestos desesperados para aplacar a la multitud. El propio del Camino y otros «próceres» lo imitaban.

La batahola continuaba allá, abajo.

—¡Hidalgo! ¡Del Camino! ¡Hidalgo! ¡Hidalgo! ¡Del Camino!

Una voz potente se hizo oír entre el tumulto:

—¡Que hable Grosso!

Todos los antihidalguistas abandonaron entonces a del Camino y atronaron a una:

—¡Grosso! ¡Grosso! ¡Grossoooo!...

Se le sumaron muchos especialistas en platos fuertes. La verba del pintoresco Grosso era siempre un espectáculo.

Por un momento pareció que vencerían los «grossistas», pero la estudiada modestia del voluminoso leader, desencantó a sus parciales.

Un muchachón de la Séptima, posesionado de una bocina, aprovechó un momento en que aflojaba la gritería.

—¡Viva el doctor Enrique Hidalgo, padre de los pobres!

La inmensa mayoría, virtualmente conquistada, contestó con vivas y aplausos.

Pérez León se pasó el pañuelo por los ojos húmedos. Del Camino y otros ases del «antihidalguismo» estaban con el «cogote» tieso.

Hidalgo levantó una mano, como si hiciese un saludo fascista, y dijo con voz tierna, de colegial:

—¡Ciudadanos!

—¡Viva el doctor Hidalgo! —gritó con voz cálida un corpulento y bigotudo cau-

dillo del Departamento General López, que se había situado frente a la tribuna.

—¡Vivaaa!

—Dejen que desenroje tuito el laso —apuntó desde otro ángulo un criollo de pañuelo.

En la vereda de enfrente había un tumulto. Un «mamao» daba gritos y gesticulaba como un energúmeno. Varios hidalguistas le querían pegar. Un «delcaminista» lo sacó del medio y se lo llevó, calle abajo.

Por fin, parecía que Hidalgo podría hablar. Pero todavía hubo un impertinente.

—¡Castigue juerte, dotor! —apuntó un mulato.

Otra vez, Hidalgo, hubo de repetir su:

—¡Ciudadanos!

...Y largó el rollo de su inspiración.

En el palco había verdadera consternación. Hidalgo, después de un redondo y brillante exordio sobre el pasado heroico del partido, con el que había conquistado una atronadora salva de aplausos, estaba, ahora, haciendo su testamento, su despedida de la vida pública. Parecía un amargado, un desilusionado. Y esto, en la proclamación de la fórmula, a cinco días de la elección.

—Seré solo un árbol más —decía— en la inmensa selva humana, que a la vera del sendero, largo y doloroso de la vida, recibirá los cárdenos destellos del sol en el ocaso. Y cuando algún viajero, cubierto por el polvo de una larga jornada, sudoroso de fatiga, desgarradas las carnes por las zarzas de la envidia, llegue hasta mi tronco amigo, le he de prodigar el consuelo de mi sombra, que es mi experiencia.

Había lágrimas en muchos ojos. El caudillo de General López, gacha la cabeza, las dejaba correr libremente. Pérez León estaba consternado. Del Camino y otros «ases» sonreían malignamente.

El «mamao» antihidalguista había vuelto, tras nuevas libaciones en el almacén. Ubicado, no se sabe cómo, cerca de la tribuna, hacía signos de inquietud.

Hidalgo, en la culminación de su despedida, se refería al testamento político de Alem. Podría haberse sentido el zumbido de una mosca. Fue en ese intervalo angustioso, cuando gritó el «mamao», con todas sus ganas:

—¡Viva el finau Liandro Alem, y que en pas descanse!

Sesenta días después. Despacho de la Jefatura de Policía.

Del Camino. —Estimado Enrique. Vengo a pedirte que me le des un puestito a Sinforoso Maldonado. Ya sabes que es un correligionario de los buenos.

Hidalgo. —Te ruego, querido Antonio, que me recomiendes otro amigo. Ese Maldonado es un insolente. Cuando hablé en la proclamación, tuvo la audacia de vociferar en contra nuestra. Es de los que querían que me fuese del partido.

# ENTRE BUEYES NO HAY CORNADAS

(De unos grandes a otros grandes)

## EL DUELO

—Aquí le dicen «melenudo». Vea esta otra frase: «hombre sin control».

—¿Le parece, entonces?...

—Sí; este es un caso clavado de duelo.

—En este caso... Nadie más indicado que usted... Un militar.

—¡Cómo no, mi diputado! Ya sabe que mi gusto es servirlo.

Peralta, jefe del Cuerpo de Bomberos, munido de la carta poder, abandonó la confitería «El Polo Norte» en busca de don Napoleón Bonacosa, el otro padrino.

El joven diputado implume, Alfredo Grosso, meditaba: «Es la hora de hacerse respetar, y también, de meter un poco de ruido».

Grosso transpiraba como un bendito. Hacía tres horas que ensayaba con su maestro, el conde Oriani di Broglia.

—Uno, due, tre. Paso atrás. En guarlia. Uno, due, tre. Batuta aterrant. ¡Firme!... Uno, due, tre. Avanti. ¡Ferro in dietro!... A fondo... ¡Colpo a la gola!... ¡Mañífico! ¡Cuesto porco de Rivas é huomo al acua! Descanso, deputato.

Romeo Failmort se acerca a Grosso.

—Mirá. Cuidá de no tenderte... Te podés ensartar... Dejate de escuelas. Fijate lo que me sucedió a mí. Después de tanto ensayo resultó que mi adversario era zurdo. Toda la escuela se me fue al tacho.

—Deputato Grosso. Otro momentino de ensayo.

Llegan Peralta y Bonacosa. No hay duelo... Un acta. Mutuas explicaciones. No ha habido intención. Gran publicidad: sección «Campo Neutral».

Por la noche, cena con los padrinos. Exquisitas prácticas caballerescas.

Pero hubo quinientos muertos.

La cartita de Peralta decía: «Querido diputado. Ruégole encarecidamente quiera acompañar a mi firma en este pequeño descuento bancario. Debo reponer con urgencia los fondos del prest».

Peralta era el más formidable espadachín de Santa Fe.

## BASTOS

### I

—¿Cómo te va, querido Alfredo? ¿Qué tal de tareas? ¿Y qué se dice por allá, por Santa Fe?

El efusivo abrazo y las preguntas con que me ametrallaba el personaje, me habían cortado el resuello.

—Che, Martín. Tengo el agrado de presentarte al gran diputado por Santa Fe, al doctor Alfredo Grosso.

—Tanto gusto.

Yo estaba consternado. Pero ¿quién será este ciudadano que me abraza y me presenta a sus amigos en plena Avenida de Mayo?

—A propósito, Alfredo. Anoche cenando con Horacio, me enteré de algo fenomenal. ¿Sabés que no va la intervención a Buenos Aires? Marcelo lo echó a Rodolfito de su despacho.

—¿A qué Rodolfito?

—A Rodolfito Moreno, pues. Marcelo le mandó decir a Hipólito que le dé tres ministros. Va a gobernar con el partido.

—¡No me diga!

—Así, como lo oyes. ¿Para dónde vas, Alfredo? ¿Vamos a tomar un copetín?

Nos ubicamos en una mesita del España. En una próxima están varios colegas de la Cámara.

Mi amigo me dice:

—Un momentito. Ya vengo. Mozo: A mí, un San Martín seco.

Mi amigo habla al oído de un diputado. Luego de otro. Saluda después a un senador provincial, que en ese momento entra al hotel.

Estoy como pisando huevos. El personaje vuelve a mi mesa.

Don Víctor Noguerras, que pasa, responde a un saludo suyo.

—Adiós, amigo Bastos.

Recién me entero que mi íntimo amigo se llama Bastos. Parece hombre de

la privanza del jefe del partido y ases principales. Hay que cultivarlo, por las dudas. Pago tres vueltas de consumación.

## II

Hace dos meses que estoy dirigiendo una campaña electoral en La Rioja.

Estos riojanos son los políticos más políticos que he visto en mi vida. Los correligionarios están divididos en «quiroyuistas» y «albanistas».

Viene a entrevistarme una delegación «albanista». Los «quiroyuistas» me espían. Si me sonrío... «¡Caracho! ¡El delegado se entregó!».

Llegan los «quiroyuistas». Los «albanistas» me espían a su vez. Pero yo no soy manco. Soy del norte de Santa Fe. Tengo, además, dos secretarios que ven debajo del agua. Les doy a quiroyuistas y albanistas, exactamente, los mismos centímetros de sonrisa.

Invito a almorzar al doctor Quiroga. Pues, a la noche, tiene que cenar conmigo el general Albano.

Ocupo hoy un chauffeur albanista. Me las ingenio para ocupar, al día siguiente, un chauffeur quiroyuista.

La gran asamblea para la proclamación de los candidatos a diputados se realizará en la plaza. Se ha convenido que hablen: el delegado, sus secretarios, el doctor Quiroga y el general Albano. Hay un serio conflicto. ¿Quién hablará primero? ¿El general Albano o el doctor Quiroga? El asunto amenaza malograr la reunión.

El general Albano, con bastante cancha, viene al hotel, y me dice:

—Vea, delegado. Quiroga tiene más gente en la capital. Yo la tengo en los departamentos. Pues, que hable Quiroga primero. A mí, lo que me interesa son los convencionales. Estas son «fiorituras».

—Muchas gracias, mi general. Es usted un gran político.

Estamos en plena proclamación.

Un caudillo grita:

—¡Manos para el delegado del Comité Nacional, doctor Alfredo Grosso!

La multitud aplaude estrepitosamente.

—¡Manos para su secretario, el doctor Locarno!

Aplausos cerrados.

—¡Manos para el doctor Juan B. Quiroga!

Nuevos aplausos.

—¡Viva el machazo general Albano! —grita uno.

—¡Viva!

—¡Manos para el general Albano!

Aplausos mermeados.

Sobre el camión que nos sirve de palco siento que me abrazan efusivamente. Miro hacia abajo... y veo una galerita chata sobre un hombre gordito, de bastón.

—¿Cómo te va, querido Alfredo?

—¡Hola Bastos! ¿Usted por aquí?

—Acabo de llegar en el tren. Vengo a darle una manito a Sofanor.

—¡Pero, hombre! Si vamos solos a la elección. Sin adversarios.

—No importa. El Comité Nacional me ha pedido que presencie el acto.

—Pues entonces... yo estoy demás —digo un poco amoscado.

—No, querido Alfredo. No interpretes mal... Después te explicaré en el hotel.

Al día siguiente, mientras hablo con el jefe de la Zootécnica Nacional, llega Bastos.

—¿Cómo te va, querido Alfredo? ¿Sabés que Horacio me hizo dar poder para tramitar la sucesión de Peralta Iraola?

—Lo felicito.

—Veinte millones de pesos.

—¡Caramba! ¿No diga...? A propósito, Bastos. Tengo el agrado de presentarle al jefe de la oficina Zootécnica Nacional.

—Tanto gusto. Doctor Horacio Bastos, a sus órdenes.

—Con permiso. Me voy a retirar —dice el de la Zootécnica—. Ustedes tendrán que hablar.

—No se vaya, jefe. Puede explayarse en el asunto que me estaba informando. El «doctor» Bastos es de confianza.

—Vea, delegado. Para terminar, se lo diré todo. Sé que el general Albano ha pedido mi cesantía. Dice que no soy del partido. En verdad, yo no estoy con ninguno de los dos bandos.

Bastos, interviene vivamente.

—No se aflija, jefe. Ya lo voy a hablar a Albano. El sabe que soy íntimo de Sofanor.

—Gracias. Muchas gracias, doctor.

El jefe y Bastos se retiran juntos del hotel. En la plaza se cruzan con el general.

Bastos se acerca. Abraza al general.

—A propósito, querido Albano. Te recomiendo a este antiguo amigo que acabo de encontrar en La Rioja. Es un viejo militante del partido.

—Vea, Bastos —responde Albano con tono agrio—. El señor jefe es tan radical como usted «doctor». ¡A mí, no me venga con macanas!



## EL SALARIO MÍNIMO

Kleiman había desconcertado al sector del centro. Sorpresivamente, mientras se discutían los ítems del presupuesto, había mocionado para que se estableciese el salario mínimo para todos los obreros que trabajan en los ferrocarriles del Estado.

La propuesta era inocente... Además, ya había salario mínimo para todos los empleados y obreros de las reparticiones públicas... Se seguía el principio.

Estábamos entre la espada y la pared. El diputado Kleiman había dado un golpe maestro. Nuestro partido basaba su fuerza en el gremio ferroviario: doscientos mil en el país. Pero aceptar el salario de seis pesos cuarenta para los ferrocarriles del Estado, dejando que las empresas privadas siguieran pagando dos o tres pesos, era precipitar su bancarrota. Era, quizá, el medio de llegar a su enajenación. Luchaba en nosotros el patriotismo frente al partidismo.

Los grandes jefes de la estrategia parlamentaria fracasaban. El diputado Bisolari estaba haciendo un gran discurso... en el que no decía nada. Teorizaba a grandes vuelos, con planeos, caídas de ala y tirabuzones... Pero no aterrizaba. No estaba del todo de acuerdo... porque en Alemania, esto;... en Francia, lo otro; porque Jaurés dijo... y porque Marx dejó de decir...

Kleiman, bajo sus lentes de medio centímetro de grueso, clavaba sus ojillos sobre Bisolari, como el zorro mira a los pollitos antes de engullírselos.

—Hasta ahora no sabemos si el señor diputado es partidario o adversario del salario mínimo —interrumpe Kleiman, con su voz penetrante.

—¡Ya lo va a saber el señor diputado! ¡No se apure!

—Hace una hora que está hablando.

—Usted habla hasta por los codos.

Leopoldo Bitter, presidente del block, recorría las bancas, calmando a los más excitados.

—Yo me voy. ¡Sería una vergüenza votar en contra!

—Quedate. No te vayás, viejito querido.

Otro diputado lo encara resuelto.

—Yo voto el salario mínimo. No me importa que la proposición sea socialista.

—No te apures, viejito. ¡Claro que la vas a votar! Tenés razón, viejito querido. Pero esperate que llegue la comisión que fue a verlo al viejo.

Llega la comisión. Guillén, entre párrafo y párrafo, dice algunas palabras al oído de Bisolari.

Bisolari vira en seco. Levanta mayor vuelo y propone... el salario mínimo para todos los trabajadores del país.

Las bancas socialistas se revuelven como si una víbora les anduviese entre los pies. Los conservadores, excitadísimos, salen al pasillo. Se acuerdan que los peones de sus estancias ganan treinta pesos al mes.

Kleiman ha copado, materialmente, la palabra.

—¡No, señor presidente! ¡No es posible! ¡Cómo vamos a aceptar que un peón que en Salta gana solo quince pesos mensuales deba ganar, de golpe y zumbido, ciento sesenta! Retiro la moción.

Era un porotito más que se apuntaba el viejo.

## FERRAZINI Y GROSSO ESTUDIO JURÍDICO

El doctor Ferrazini me había escrito una lacónica y expresiva cartita: «Véngase —me decía—. En mi estudio hay mucho trabajo y muy pocas entradas. Es ideal para un abogado novel como usted».

Efectivamente. Trabajábamos como dos picapedreros. Venía un «ave negra»:

—Doctor Ferrazini... Por favor; hágame un informe para este juicio. Va a haber unos pesitos.

Llegaba un telegrama de la campaña: «Dr. Ferrazini. Le ruego gestionar libertad Pedro Mesa, homicidio defensa propia. Juan Centeno».

La mar de asuntos. Pesos... cero. Ni regulaciones «pour la galerie» para reclame del estudio.

A cierto «ave» le descubrí la martingala. Llevaba los informes del doctor Ferrazini a su casa, los copiaba de nuevo, y eliminaba así la firma del letrado.

Nosotros no teníamos control alguno. Ni siquiera libro de entradas y salidas. Después de todo... ¿Para qué?

Los pechadores afluían mañana y tarde. Se desplegaban en línea de batalla por las calles donde el doctor Ferrazini y su socio pasarían, camino a sus domicilios. A mí me respetaban. Sabían que no tenía ni medio.

Ferrazini entraba habitualmente en una cigarrería de la calle San Martín. Allí, se producía el segundo o el tercer ataque.

Esa tarde, al salir de la cigarrería, nos atropelló uno bastante «hecho». Venía tambaleándose.

—Dotor... Ayude a este pobre crioyo.

Ferrazini echa mano al bolsillo. Solo pesca un billete de cinco. No tenía de a peso.

—Bueno... ¡Tomá!

El criollo, que por cierto, solo esperaba unas chirolas, se emociona, se cuadra, echa mano a la cintura, pela un facón y lo levanta en alto.

—¡Por usted, dotor Ferrasini, me hago matar! Yo lo voy acompañar. ¡Viva el dotor Ferrasiiii!...

Por espacio de treinta metros, vamos, en plena city, seguidos por el correli-gionario, que cuchillo en alto, no cesa de gritar:

—¡Viva el dotor Ferrasiiii!

La gente se arremolina. Consigo, por fin, que el «mamao» guarde la «fariñe-ra» y se mande mudar. Antes que llegase la policía.

A mí, me respetaban los pechadores... siempre que iba con Ferrazini. Cuando iba solo, el ataque se producía. A falta de pan... ¡Buenas son las tortas!

Resultado 0.20 moneda nacional. Y eso... cuando no eran 0.10.

Una mañana, iba al tranco largo por la calle Córdoba. Un pechador venía pisándome los talones.

—¡Dotor Grosso, por favor!... ¡No sea así, dotor Grosso!

Yo seguía imperturbable la marcha. Cuando apremiaba mucho, sin darme vuelta, le decía secamente: —Ya te he dicho que no tengo plata.

—¡Pero dotor!... ¡Cómo no va tener! ¡Dotor Grosso!

Hemos caminado dos cuadras. El correli-gionario ve el caso perdido. Levanta la voz. Me hace un llamado solemne:

—¡Dotor Grosso! ¡Ponga una mano en el corazón y otra en el bolsillo!

Me detengo en seco. Meto mano en la faltriquera.

—Esa frase, vale por lo menos diez centavos. ¡Tomá!

Me he condolido de Ferrazini. Esto no puede seguir así.

En mi escritorio escribo una larga y quejumbrosa misiva, con mala ortografía y peor letra. No tengo que hacer un gran esfuerzo para lo último. Según la carta, soy un pobre padre de familia, cargado de hijos. Uno de estos se encuentra gravemente enfermo. No tenemos qué comer. Además, se ha expedido orden de desalojo de la mísera piezucha en que convivimos. Firmo: José Paniagua.

Lo llamo al chico de los mandados.

—Tomá. Entregale esta carta a Ferrazini. No le digás que yo te la he dado. Decile que la trajo un hombre que espera contestación ahí fuera.

Un rato después llega el muchacho con un billete de diez pesos. Lo doblo cuidadosamente y lo coloco en mi exhausta cartera.

A las doce, invito a tomar el vermouht a Ferrazini.

—Esta vez, pago yo.

—¡Qué platudo anda! ¿Le giraron de su casa?

—No... Un asuntito —respondo con cierto misterio.

Pago la consumación y entrego a Ferrazini el vuelto.

—Esto es lo que sobra de esos diez pesos que le mandó hace un rato a «ese pobre padre de familia».

## UN INVENTOR

El visitante sacó un rollo de papeles. Había ahí dibujos geométricos, operaciones algebraicas, notas...

—¿Usted venía recomendado por el vicegobernador de Entre Ríos?

—Sí, señor diputado.

—Bien. Explíqueme. ¿En qué podrá serle útil?

—Se trata de un invento, señor diputado. Con este invento se va a revolucionar todo el arte del gobierno. Se suprimirán muchos empleados, especialmente jefes e inspectores. Vea usted, señor diputado. Por medio de este aparato, desde una oficina central, que bien puede estar ubicada en el despacho del señor gobernador, se podrá observar el trabajo de todas las reparticiones de la casa de gobierno. Mire usted. Es una red de periscopios que terminan aquí.

Se veía en el plano el corte de un gran edificio. En el piso bajo, un señor, sentado al escritorio, el gobernador sin duda, miraba por una especie de embudo. Una red de caños iba por las paredes y los entresijos a las distintas oficinas. En algunas se veían empleados encorvados sobre sus escritorios; en otras, grupos que conversaban o tomaban té.

—¡Qué bonito! ¿Y costará mucho esto?

—No, señor diputado. Unos diez mil pesos.

—Y esto... ¿Qué significa?

—Es otro invento mío. Sirve para conocer los falsos testimonios. Estos «vibradores» se colocan sobre el cerebro y el corazón del declarante. Mire acá este otro croquis. La verdad o la mentira se miden por la proporción que arrojan las vibraciones del cerebro comparadas con las palpitaciones del corazón. En la mentira la vibración está en relación inversa con la palpitación. Es decir: el cerebro trabaja lentamente mientras que el corazón se agita por la angustia, el desasosiego. Si las vibraciones son rápidas y las palpitaciones normales, el declarante está diciendo la verdad.

—Pero... ¿cómo se sabe de antemano el grado de vibraciones y pulsaciones normales de un individuo?

—Muy fácil, señor diputado. Se le preguntan al testigo, antes de declarar,

cosas triviales, en las que no haya interés en mentir.

—¡Magnífico! Muy bien. Muy bien... Hablaré con el gobernador. Veremos lo que se puede hacer.

—Señor diputado. Veo que usted es un hombre inteligente. Si me permite, le enseñaré otro invento mío.

—Con el mayor gusto.

—Mire. Es para economizar vigilantes. Vea aquí este plano. Un barrio de una ciudad. Estas plaquitas, que aquí se diseñan, se colocan en las esquinas. Son las placas «absorvedoras», compuestas de una substancia sensible, que yo he descubierto. Se comete un crimen, por ejemplo. El color de la sangre da una tonalidad rojiza a la placa, que por este hilo, lleva la vibración hasta otra semejante que hay en un fichero de la comisaría. Así se sabe automáticamente el lugar y la clase de delito que se está cometiendo.

—Muy bien. Eso será cuando haya sangre. Pero... ¿si se trata de un robo?

—¡Ah... señor diputado! Muy sencillo. La placa se colora de amarillo. Las emanaciones mentales del hombre que piensa en el robo, al ser absorbidas, dan una impresión amarilla sobre mi placa.

—Muy bien... Dígame... ¿Usted ha expuesto estos inventos a las personas que lo recomiendan?

—Sí, señor diputado. Al señor vicegobernador le gustaron muchísimo, pero no pudo hacerse nada por falta de fondos.

—¿Usted es de Paraná?

—No, señor diputado. Yo fui con una recomendación del ministro de gobierno de Córdoba, don Eufrasio Bordes. Soy español. Estos inventos hubieron de ensayarse en Madrid, pero me aconsejaron que era mejor hacerlo en América. Lo conocen ya los gobiernos del Brasil y del Uruguay. En Tucumán me lo quisieron comprar. Pero yo no los vendo, señor diputado.

—Aquí, en Santa Fe, vamos a tropezar con las mismas dificultades que en Entre Ríos: no hay fondos para estos ensayos. Lo voy a recomendar al gobierno de la provincia de Buenos Aires. Le daré una carta para el intendente de La Plata.

—Como usted guste, señor diputado.

## LA DEMOCRACIA EN MARCHA

### I

—¡Viva el gobernador Machado!  
—¡Vivaaa!  
—¡Viva la fórmula Moscarda-Ferrazini!  
—¡Vivaaa!  
¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!  
Tachín. Tachín. Tachín.  
¡Pum!  
—¡Viva don Cloro!  
—¡Vivaaa!  
—¡Viva Roncaforte!  
—¡Vivaaa!  
—¡Viva yo!  
—¡Abajo!

¡Pum! Tachín, tachín, tachín. ¡Pum!

Pasa el italiano del mortero. Pasa la bandita del guardiacárcel disfrazada de paisana. Pasan los vendedores de diarios enarbolando palos y banderines.

Ahora viene la compacta fila de los dirigentes. Gata parida que va de pared a pared. Todos quieren ser dirigentes. En el centro de la fila, los candidatos, sudando a mares. Los llevan del brazo, como si fuesen a presidio. Se ven galeras antediluvianas... bastones. Matizan la fila algunos erguidos mostachos. Plumea por el centro una larga pera.

Hemos llegado a la plaza. El kiosco de la banda negra de gente. A duras penas se introducen los candidatos y algunos dirigentes.

¡Pum! ¡Pum!  
—¡Que hable Ferrazini!



—¡Que hable Savagnino!

Suenan los acordes del himno. Desaparecen los sombreros. Momento solemne de silencio. Enorme campo sembrado de zapallos. Puntos de referencia: algunas peladas, varios negros, dos o tres lungos.

—¡Mire quién está allá!

—No veo...

—¿No lo ve a Alberto Paz? Allá... al lado de aquel negro. Viene a mosquetear.

El candidato ha terminado la kilométrica lectura de su discurso-programa. Algo se ha pescado entre el murmullo: gobierno de orden... honradez administrativa... vialidad... educación pública... finanzas saneadas...

Debajo de un árbol, dos correigionarios bostezan.

—¿Cuándo hablará Ferrazini?

—Creo que cierra el acto.

Otros dos, pegados a la baranda del kiosko.

—Y usted ¿qué se va tirando en la partida?

—Me han prometido la Jefatura de Garay.

El secretario anuncia:

—Va a hacer uso de la palabra el delegado del departamento Las Colonias, doctor Tancredo Borzone.

Avanza penosamente hacia la baranda el voluminoso Tancredo. Arranca con un formidable:

—Correigionarios.

Parece que estuviesen disparando cañonazos. La multitud aplaude rabiosamente.

El doctor Tancredo está culminando su discurso-proclama.

—¡Moscarda, dice el viento entre el ramaje; Moscarda, dicen las olas del mar; Moscarda, dicen las madres sobre las cunas; Moscarda, dicen los niños; Moscarda, dicen los pájaros; Moscarda!...

Parecía que a Tancredo se le había cortado el hilo... pero terminó bien.

—¡Moscarda... Ferrazini!

## II

La fórmula Moscarda-Ferrazini ha triunfado por una enorme mayoría.  
Se dice que influyó, no poco, el discurso de Tancredo.

## CHANTAJE

La redacción, en pleno, deliberaba. Tenía la palabra Grosso, el director.

—No hay nada que hacer... No nos fían ni el papel. Tenemos que cerrar El Verbo. Ya se me fue el año de dietas que me quedaba. ¡Seis mil pesitos!... Ahora, quedamos en la vía. Los hombres del gobierno se hacen los sonsos. ¡Claro! Tienen «El Cívico». Ese es pura lisonja para ellos y lonja para el adversario.

—¡Es una lástima! —decía compungido el doctor Villarreal—. Este diario es un verdadero baluarte de las fuerzas nuevas.

—Sí, pero con sabiduría y todo, nos vamos al tacho. Es inútil, estimado Villarreal. No se puede hacer un diario ideológico, independiente.

—Se me ocurre una idea —expresó don Napoleón Bonacosa, viejo veterano en lides periodísticas—. ¿Qué les parece si mañana hacemos un editorial elogioso para el gobernador?...

—Es la única solución —subrayó con entusiasmo Romeo Failmort—. Solo así le sacaremos plata.

—No. ¡Nunca! —gritó Grosso, dando un puñetazo sobre el escritorio—. Tiene algo de chantaje, de un chantaje al revés, en que el dinero se extrae con música celestial.

—El chantaje, dijo un gran maestro, es un negocio sin mercadería —sentenció muy gravemente el administrador Flores.

—¡Pero Grosso! ¡Hay que saber contemporizar! —suplicó Villarreal—. ¡Salvemos, ante todo, el vehículo de nuestros ideales!

—Sí, amigo director —afirmó don Napoleón—, hay que saber aflojar... para que otros aflojen.

Frotaba el índice con el pulgar.

Al día siguiente, adornaba la primera plana un gran editorial a tres columnas. Se titulaba: «El caso Juan Machuca». Era una calurosa e inteligente defensa del gobernador, obra estilografiada de don Napoleón.

A las doce llegó Failmort, encargado de visitar la Casa Gris. Venía sudoroso. Todos lo rodeamos Failmort, apenas podía pronunciar palabra. Señalaba un abultado bolsillo del pantalón.

—¿Cuánto?...

—Mil quinientos... Machado setecientos... El ministro Moscarda trescientos. Los otros dos... el resto.

Así fue como la redacción de El Verbo «los pasó pa dentro» al gobernador Machado y a sus ministros.

## POLICÍA MUNICIPAL

La sesión terminó a las once de la mañana. La Convención Constituyente, después de veintiuna horas de gran labor, había coronado su obra. La provincia tenía una nueva constitución. «La más nueva del mundo», como dijo en su discurso el diputado Perrone. Nadie sospechaba, entonces, que el gobernador Moscarda...

El presidente Machado hizo saber a los convencionales que en la azotea del palacio legislativo se serviría un almuerzo criollo.

Rápidamente, los adversarios de horas atrás, como en la fábula de Trilusa, se pusieron de perfecto acuerdo ante la jugosa carne con cuero y la chorizada a la parrilla.

El cuerpo de taquígrafos se transformó en orquesta. El jefe tocaba la ocarina, y algunos de sus ayudantes, el acordeón y la guitarra. Los taquígrafos se vengaron a mansalva de una música larga de seis meses.

Eran las dos de la tarde cuando Machado fue requerido al teléfono.

De regreso, se acerca, regocijante, a un grupo de diputados que daban cuenta de las últimas viandas.

—¿A qué no se imaginan quién viene?

—Antonio Caffarena...

—No. Caffarena juró no aportar más por la Convención después que agotó el Diccionario Enciclopédico para probarnos la existencia de Dios.

—Tancredo...

—No; Tancredo se ha ido de viaje al Brasil.

—Nos damos por vencidos.

—Fourcade Zabalúa.

—¡Fourcade Zabalúa!

—No sabe que la Convención ha terminado. Se viene de Buenos Aires con su discurso sobre «policía municipal».

Carpaneto propuso:

—No le digamos nada. Hagamos una sesión para oírle el discurso.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Hagamos una sesión.

Preside el vice, don Pancho Corrales. Los secretarios y taquígrafos en sus puestos. Hay gente en las galerías altas: Soiza Reilly y otros empleados. Siguen entrando convencionales. Deja de llamar el timbre.

Con amplio quórum se abre la sesión. La asamblea parece agitada. Ha corrido mucho mendoza. De entrada, se produce un incidente entre Savagnino y Antolín. Por tonterías... por la lectura del acta.

Pide la palabra Fourcade Zabalúa. Gritos y protestas. Varios reclaman prioridad. Corrales se impone con energía. Suena el timbre de alarma.

Zabalúa inicia su discurso. Aboga por la implantación de la policía municipal, su vieja y única ilusión. Se remonta a los cabildos, viaja por toda la Edad Media y llega hasta la cruenta tiranía de Rosas.

Carpaneto lo interrumpe con cierta grosería, fuera de momento. Un verdadero exabrupto. Grosso defiende a Zabalúa con calor. Intervienen otros. Gran tumulto. Carpaneto y Grosso se van a las manos en el centro del recinto.

Se levanta la sesión entre una fenomenal gritería. La barra silba y aplaude. Se multiplica.

Hay duelo. Carpaneto designa padrinos. Grosso no puede hacer menos. Elige a Zabalúa y al doctor Pisani. Grandes tramitaciones.

Cinco de la tarde. A las seis sale el tren para Rosario. Grosso, que vive en Rosario, se aviene complacido a dar múltiples satisfacciones. Se abraza con Carpaneto en la redacción de El Río Paraná.

Zabalúa lagrimea.

Han transcurrido diez años. Como el gobernador Moscarda vetó el asunto, no hubo «Diario de Sesiones».

Zabalúa sigue convencido de que pronunció su discurso en el seno de la «histórica...» y de que Carpaneto y Grosso son dos buenos muchachos.

## PERIODISMO

—¡Vea lo que me hace, amigo!

—¡Pero... ministro! ¡Es posible!

—Mire. Aquí tiene el aviso del banco.

—Sí. Efectivamente. ¡Y nada menos que tres mil pesos! ¡Y el mismo día del vencimiento!

El ministro se quejaba amargamente. El tal José Andares era de lo que no hay. La letra la había firmado de mancomún con el periodista. Y ese día, el del vencimiento, en vez de pagar... el brulote. Algo feroz, en primera página, a grandes títulos. Hacía incursiones hasta en la vida íntima. Le decía al ministro cosas como para poner blanco a un negro. Parecía imposible tanta ingratitud.

Yo andaba en Mendoza representando a un diario porteño. Con motivo de unas elecciones había ido a caerle al gobierno. Por eso, el ministro era mi gran amigo y confidente.

Por la tarde estuve en la redacción de La Luz.

—Sabe, Andares, que el ministro está furioso. Dice que usted es un desagradecido.

—Pero... amigo. ¡Qué quiere que haga! ¿Que pague? No sabe... El ministro me ha anunciado su visita. Lo estoy esperando.

—Entonces, estimado Andares, voy a retirarme. Mejor será que lo deje solo. Me voy a elegirle una corona.

—Vaya tranquilo, querido Grosso. Ustedes, los del litoral, son «unos bolsas tristes». Disculpe la franqueza.

Estaba por sentarme a la mesa cuando se me acerca el gerente del hotel.

—Lo hablan por teléfono.

—¿Con Andares? ¡Cómo! ¿Todavía está vivo?

—Sí, querido Grosso. Vivito y coleando. Tómese un auto. Lo esperamos con el ministro. Lo invita a cenar en su casa.

—Pero... ¿qué ha sido ello? ¿Por qué fue el disgusto?

—Nada —dice el ministro—. Un pequeño mal entendido. ¡Este Andares es un loco!...¿Quieren probar un coctelcito de champagne?

—No se moleste, ministro.

—No hay molestia. Un momentito. Lo voy a preparar yo mismo. Es mi especialidad.

—¿Cómo arregló esto? —pregunto por lo bajo, mientras quedamos solos.

—No le dije. Lo más bien. Pagó la letra y firmó otra por tres mil más.

—¡Maravilloso, Andares! ¡Maravilloso!



## EL SALTO ATRÁS

Hacía mi debut en la cámara. Lo estaba dejando overo a don Juan Centeno, el famoso caudillo de Santa Fe. En eso, se me acerca un ordenanza con un pape-lito. Era de Fernando Truchini. «No deje de referirse a ese asunto de Lamón y Elizurri, que le conté».

Hago un signo afirmativo a Truchini, que está en primera fila del palco ban-deja, y prosigo:

—Sí, señores diputados. Fue este mismo nefasto caudillo el que en 1916 hizo asaltar el comité «lamonista» de Villa Federación, en momentos en que se pro-clamaba la fórmula Lamón-Elizurri, y los componentes del binomio opositor a duras penas pudieron salvar sus vidas huyendo por los fondos, saltando sobre un gallinero.

Mientras me traían los mates a la cama pedí los diarios. Proyectaba visitar, luego, al vasco Elizurri. No dudaba que me felicitaría por el recuerdo que había tenido de aquel lejano episodio, ya casi olvidado.

Hojeando La Capital, tropiezo con una solicitada. Decía: «Señor Director. El diputado Alfredo Grosso ha manifestado en el debate sobre los diplomas de Santa Fe que el señor Lamón y el suscripto salvaron sus vidas, en 1916, en el pueblo de Villa Federación, saltando gallineros. Solo quiero hacer saber al re-ferido diputado Grosso que Francisco Elizurri nunca ha mezquinado el cuerpo en los casos de peligro, y que ha sabido afrontar como varón, los momentos difíciles que le ha deparado la lucha política. Salúdalo atte. Francisco Elizurri».

—¡Bueno!... —me dije—. ¡Se me chingó la felicitación! Pero... ¡cómo he podi-do meter la pata! Este Truchini es un verdadero trucha. No hay más remedio... Trataremos de arreglarlo.

Al día siguiente sale en La Capital una nueva solicitada. Decía lo siguiente: «Señor Director: Al referirme el episodio de Villa Federación, ocurrido en 1916, en ningún momento he querido poner en duda el valor personal del señor Fran-cisco Elizurri, a quien aprecio, y en el que reconozco uno de esos varones, que por su hombría, deben servir de ejemplo a la juventud. Por otra parte, al referir

que los componentes de la fórmula saltaron sobre un gallinero durante el tiroteo al comité, no he querido decir con ello que lo hicieron por cobardía. Muchas veces en la lucha es necesario retroceder para tomar posiciones estratégicas. Últimamente, hemos podido leer cómo el gran mariscal Hindenburg ha realizado su famoso salto atrás, que al decir del coronel Kinkelín, equivale a la táctica criolla de “recula para afirmarse”. Saluda al señor Director. Alfredo Grosso».

Quince días después me topo, en el rápido a Buenos Aires, con don Pancho Elizurri.

—¿Cómo le va, don Pancho? Supongo que habrá quedado satisfecho con mi explicación.

—Vea, dotorcito. Eso de la estrategia está muy lindo. ¡Pero, recular... para afirmarse en un gallinero! ¡Hágame el favor!

## BENZAQUÉN

El profesor Pikman había realizado admirables demostraciones en el teatro Municipal. El hipnotismo se puso de moda. Molins Sherer, muchacho curioso y aventurero, dio algunas conferencias e hizo experimentos en varios salones. El curandero Speroni anunciaba sus curas maravillosas publicando su retrato con una terrible mirada lombrosiana. El contagio llegó hasta la redacción de El Verbo. El administrador, el elegante y fino Benzaquén, se nos echó a perder. Se creía con una potencialidad magnética irresistible.

Los redactores, cuando entraban en la administración, de antemano le prevenían:

—No me mire fuerte, Benzaquén... ¡Por favor!...

A veces se ponían a temblar en su presencia.

Benzaquén andaba con ideas fijas. Malas lenguas decían que era a consecuencia de las necesidades que pasaba. ¡El sueldo era tan escaso!

Por la noche se celebraban, a escondidas mías, «grandes misas negras» en la administración. Benzaquén demostraba sus poderes. Los redactores hacían la cadena, tomándose de las manos. Benzaquén trasmitía el fluido. Todos temblaban. Sentían frío, calor, sed, hambre, según lo que él mandara. Las mismas malas lenguas aseguraban que para el hambre, no era necesario el fluido de Benzaquén.

Pablito Serantes y mi hermano Ramón eran los mejores médiums de Benzaquén.

En la administración, en la confitería, en la calle, Benzaquén le clavaba los ojos a Ramón.

—Ramón. ¡Sáquese el saco!

Ramón, hecho un tonto, se sacaba el saco con toda premura.

—Ramón. ¡Bájese los pantalones!

Este, sin cuidarse si había damas, o si era en plena vía pública, empezaba a desabrocharse.

Pero Benzaquén se alarmaba. Era muy pulcro.

—No. ¡Basta! ¡Abróchese! ¡Pronto!

Benzaquén empezó a hacer experimentos con los canillitas.

—Le doy veinte centavos al que se deje hipnotizar.

—¡Yo! ¡Yo!

Los canillitas atropellaban.

Benzaquén le clavaba la vista al elegido. El canillita se quedaba inmóvil. Se dormía parado.

—¡Levante los brazos!

El chico levantaba los brazos.

—¡Grite como el gato!

—Miau... Miau.

Benzaquén dirigía una mirada de suficiencia hacia los redactores, que estaban como azorados. El canillita seguía en su sueño hipnótico.

—¡Camine!

El chico daba algunos pasos.

—¡Regrese! ¡Párese!

El hipnotizado hace, por último, un gesto de impaciencia.

—¡Pero, señor!... ¡Me va a dar o no las veinte guitas!

## EL EXPERIMENTO

Me explico que la gente se retraiga en venir. Pero no es posible que nadie me escriba.

—Debe ser la censura, doctor. No me caben dudas.

—¡Caramba! Atender hasta doscientos correligionarios por día; comer, a veces, a las tres de la tarde; contestar no menos de sesenta cartas por semana. Y ahora... ¡Ni una miserable esquila! No; aquí ocurre algo, De Salustio.

Sostenía este diálogo con mi secretario quince días después de la revolución del 6 de septiembre.

De Salustio se hacía cruces. Echaba de menos esos días turbulentos, movidos, en que era un personaje importante.

—¡Por favor, De Salustio! ¡Hágalo acordar al doctor! Ya sabe... Para la Municipalidad. ¡Cualquier cosita!

—De Salustio... Lo esperamos mañana a almorzar. Y no se olvide de llevarme la recomendación. Hágasela firmar al doctor esta noche.

La nariz de De Salustio parecía haberse afilado más, después del porrazo. Husmeaba innúmeras desgracias.

El domingo 7 de septiembre había sido para nosotros un día de gran experiencia, de profundas enseñanzas. Mi hermano, Alejandro Grosso, acababa de ser nombrado ministro. Nos palpitábamos unos quinientos postulantes. Como en el domingo anterior, tendríamos, seguramente, que recurrir a la policía para poner orden en la calle. Pero aquello fue un gran fiasco. Ni los perros... Y eso, que las puertas estuvieron de par en par. Desertaron hasta los oficiosos porteros.

—Muy bien, que la gente no venga... Creeré que estoy vigilado, que hay pesquisantes en la esquina, ¡Pero... que nadie escriba!... Ni los del campo, pidiendo noticias siquiera.

—Sí, no lo dude, doctor. Le secuestran la correspondencia.

—Vea, De Salustio. Vamos a comprobarlo. Tome un sobre sin membrete. Escriba ahora mi nombre y dirección. Póngale adentro un papel cualquiera. Bien... Cuando se vaya, lo echa en el primer buzón. Llámelo a Blás.

Llega Blás, el único fiel, que aún hace guardia en el hall.

—¿Usted sabía escribir, no? Ah... sí. Bueno. Vea. ¿Ve este sobre? Escriba: doctor Alfredo Grosso Calle Córdoba 2881. Ciudad. ¿Ya está? Bueno... Ha escrito Grosso con zeta y ciudad con ese. No importa. Vaya al correo central. Eche esa carta... en seguida.

En la mañana del día siguiente recibí las dos únicas cartas que me escribieron los correligionarios en el mes que transcurrió entre el 6 de septiembre y el 6 de octubre. ¡Ah!... No. ¡Me olvidaba! Recibí, también, la factura de un mueblero ruso.

## GUAPO... A LA FUERZA

El tren iba haciendo gambetas y rodeos. Córdoba desparramaba el caserío de sus barrios sobre las lomadas lejanas. En el coche comedor, el doctor González comentaba las noticias de los diarios, comprados en Estación Ferreyra.

—Esto está peor que en Santa Fe. Parece que en San Vicente las cosas se han puesto feas.

—¿Qué ha ocurrido en San Vicente?

—Anoche, la policía ha asesinado al doctor Bustamante, cuñado del presidente del comité. En esta campaña ha habido una media docena de muertos en San Vicente.

—¡Caramba! —me dije—. No me vaya a tocar San Vicente. Bastantes sustos me he llevado ya en Santa Fe. ¡Ojalá me manden a algún pueblito de las sierras! Parece que ahí la gente es más tranquila.

Era yo uno de los tantos delegados que enviaba el Comité Nacional para fortalecer la acción partidaria. Formaba parte de los «invasores», como decían los del gobierno.

En el hotel.

—No acepte delegación para ninguna parte —me dice el diputado Bisolari—. Usted ha sido designado para la Capital y aquí debe quedarse. Esa es la consigna.

Pero la Capital estaba peor que la campaña. Todas las noches se dejaba oír el tiroteo que las bandas oficialistas hacían en distintos barrios. Tiroteaban los edificios, especialmente los locales de los comités opositores.

El gobernador, un hombre de mundo, que escribía con elegante estilo en las revistas ilustradas, y que al parecer, era de largas lecturas, había encontrado una inteligente explicación a los tiros.

—Es una costumbre indígena. La implantaron los conquistadores españoles, quienes la tomaron de los árabes. Es lo que se llama: «correr la pólvora». Todavía se practica en Marruecos.

Los ases de la oposición salían maravillados de la ilustración del gobernador.

Pero la explicación no impidió que cayesen algunos pacíficos vecinos. Frente al comité de la Séptima murió un niño mientras jugaba a la «naria». ¡Qué se le iba a hacer! Los correigionarios «corrían la pólvora».

—Usted debe ir a San Vicente. Es el hombre indicado —me decía el doctor Andrés Ferrara, presidente de la delegación.

—Tengo entendido que he sido designado para la Capital.

—Pero si San Vicente es un barrio de la Capital.

—¡Ah!... Creía que era un departamento.

—Hágase cargo ahora mismo. El presidente del comité está preso.

—No he traído armas.

—No se aflija. Aquí tiene mi revólver.

Puso en mis manos un enorme cuarenta y cuatro. No había más remedio... Tenía que ser guapo... a la fuerza. No sé de dónde me venía la fama. Lo cierto es que nunca he peleado con nadie. Ni cuando iba a la escuela.

En una celda del Cuerpo de Bomberos me entrevisto con el doctor Jordana, presidente del comité de San Vicente.

—¿Dónde me hospedo, qué armas tiene, cuáles son sus hombres de confianza?

—Parará en mi casa. Las armas están escondidas en el horno de cal de Firpo. Como hombre de confianza, se lo recomiendo a Pajón.

Ya estoy en San Vicente.

Mientras Pajón hace humear un asadito, tomo disposiciones. Que se reabra de inmediato el comité, que todos los correigionarios asistan al sepelio del doctor Bustamante, que se formen dos cantones permanentes: uno en la casa de Jordana, otro en el comité; que esa misma noche se dé una conferencia en la plazuela del mercado.

De la casa del muerto pasó a la comisaría.

El patio rebosa matones. Los asesinos de Bustamante matean con el comisario.

—Señor comisario. He venido a comunicarle que he sido designado para fiscalizar las elecciones en San Vicente. Espero que tengamos la fiesta en paz. No creo que nos obligarán a pelear.

De los hornos de Firpo a la casa del muerto. Con las manijas del féretro en la mano recorreremos varias cuadras. Discurso en el cementerio.

Las bombas anuncian la conferencia.



En una esquina me presentan varias señoras. Está la esposa del vicepresidente del comité, ingeniero Moreno.

—Me alegro que haya venido usted. Así lo aconsejaré un poco a mi marido. Es un exaltado.

—Encantado, señora. Pierda, usted, cuidado.

En plena conferencia.

El ingeniero Moreno se despacha en forma, contra la policía. Echa fuego por la boca. Cuando acciona parece que lo está estrangulando al propio gobernador.

Siento que un correligionario dice:

—Ahí llegaron las ambulancias.

Me toca el turno.

—Hemos venido a ganar la elección y bailaremos al son que nos toquen. Si quieren por las buenas, por las buenas. Si quieren pelear, a nuestro juego nos han llamado.

Se organiza la manifestación.

La señora del ingeniero Moreno se me acerca.

—Usted había sido peor que mi marido.

—No, señora. Es táctica. Hay que correrlos con la vaina. Nos hacemos los valientes para que no malicien el miedo que les tenemos.

Un nuevo correligionario se me acerca.

—¿Ha visto, doctor, las ambulancias?

—¿Qué ambulancias?

—Las de la Asistencia. Han venido para recoger los muertos y heridos.

—¡Pero si no ha habido ninguno!

—¡Los que va a haber!...

Sentí como un frío que me corría de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo. El correligionario insiste.

—Fíjese cómo han venido los del escuadrón. Hasta ese momento yo no había visto ni medio.

Me corro hacia la plazoleta.

Quince hombres a caballo con el winchester en bandolera.

—¡Mamita mía! ¡En la que me he metido!

La muchachada del comité seguía por la calle principal. Nos dirigíamos al centro de la ciudad. Estábamos citados para una demostración frente a La Voz. Había que atravesar varios barrios, calles oscuras, parajes baldíos.

Me adelanto a los manifestantes. Trepo a los balcones del comité.

—Correligionarios —digo—. Demos por terminado el acto. Hoy hemos te-

nido una fatigosa jornada. Otra, quizá más dura, nos espera mañana. Los sé a ustedes valientes e infatigables, pero es necesario no desperdiciar energías. Disolvámonos en silencio para no dar pretextos a la policía.

Las piernas me temblaban como bordonas de guitarra.

## ¡SECUESTRADO!

Cuatro días que la gente tabeaba y churrasqueaba en el corralón. Por fin, el pueblo iba a votar «libremente». Mi candidatura había sido un proceso fácil. Don Maclovio, el presidente del comité, me había dicho:

—Mirá, muchacho. Vos vas a ser diputau por el departamento; pero acordate de que en el partido éramos un puñadito de hombres los que hemos luchau veinte años pa que nos diesen comicios libres. Tené presente, que si te hemos hecho nuestro candidato, es porque tu padre ha sido un gringo radical de toda la vida. El único gringo gente que ha habido en este pueblo.

—Está bien, don Maclovio... Reconozco... Le estoy muy agradecido.

Humeaba día y noche el corralón. Los grandes asados «con cuero» se iban reemplazando a medida que el criollaje los consumía. Para los «mocovíes» había carne de yegua.

En las canchas, la taba daba vueltas y vueltas. Algunas viejas freían empanadas y pasteles. Las chinitas acarreaban mates a los jugadores.

Se hacían monótonas las apuestas y las voces de los «aviadores».

Cuatro días que no me movía del corralón. Había que estar con el ojo alerta. En cuanto nos descuidábamos, se nos metía algún emisario de los coalicionistas para sonsacarnos la gente, sobre todo, la indiada. ¡Ojo con Genaro Rojas, que hablaba el mocoví! Y sobre todo... ¡Ojo con el Mojarra, atrevido y cuentero sin abuela!

El sábado a la noche ya no daba más. A eso de las diez, puse de reemplazante a un hijo de don Maclovio... y me hice perdiz.

Llegué a la casa de doña Filomena.

—¿Cómo le va, ña Filomena?

—Muy bien, gracias. ¿Vos por acá?

—¿Y Lucila?

—Ya se ha acostau. Levantate Lucila. ¡Mirá quién ha venido!

Doña Filomena empezó a cebar mate. Lucila me encandilaba con sus dos ojazos negros.

—Tantos días sin venir...

—No me dejan salir. Temen por mi vida. Dicen que los coalicionistas son capaces de asesinarme.

—¡Cómo es la política! Y ahora... lo que seas diputau, ya no te voy a ver más.

—Perdé cuidau, Lucila. Si voy a venir seguido.

—¡Qué! ¡Si ya no te vas a acordar más de los pobres!

En cuantito la vieja se fue a cambiarle la yerba al mate le tapé la boca con un beso.

Eran las doce, cuando enfilé por la vereda de la sombra. Había una luna alcahueta.

Me iba hacia el corralón, cantando bajito.

Ocho, diez hombres, me rodean.

—¡Alfredo. Alfredito! ¿Sos vos?

—¿Qué ocurre? ¿Alguna desgracia?

—¿Dónde has estau, Alfredito?

—Pero... díganme antes... ¿qué hay?

—Andan cinco comisiones buscándote. Créíamos que te había secuestrau los coalicionista. Tu padre y don Maclovio: desesperaus.

—¡No digan! ¡Pero cómo habían sido! Si estuve tomando mate en lo de doña Filomena.

—¡Han visto! ¡Si ya lo decía yo! —exclamó uno desde la sombra.

En eso llega otra comisión.

—¡Pero, muchacho! —exclama don Maclovio, adelantándose—. ¿Cómo se te ocurrió salirte del corralón? ¡Fijate si te secuestran! ¿Qué habría sido del partido?

Yo sólo pensaba en Lucila. Por primera vez, me di cuenta que la política me alejaría muchas veces en la vida de dos ojos negros.

—¡Pobre Lucila!... Dicen que se casó.

FIN

## Índice

### CUENTOS DE LOS CHICOS

Los tres cuentos de Serapio Herrera .....	8
Las comunas de San Lorenzo .....	12
Reportaje .....	16
El telegrama .....	18
El Chueco Bustamante .....	20
Meller y su mamita .....	22
Samuel Beckchinsky .....	23
Un angelito .....	25
El doctor Basualdo .....	27
La Santísima Trinidad .....	29
Secretario ad hoc .....	32
Un postulante .....	34

### CUENTOS DE LOS GRANDES

Oradores .....	37
Un orador: dos discursos .....	42
Día de audiencia .....	43
Necrológica .....	46
Una coima .....	48
Revolucionarios .....	50
El descubrimiento de América .....	53
Los bersaglieri del lavoro .....	54
La conferencia de Aminga .....	56
La carestía de la vida .....	58
¡Meta la chiquita! .....	60
Pesquisas .....	63
La retirada del Hidalgo .....	65

### ENTRE BUEYES NO HAY CORNADAS

El duelo .....	68
Bastos .....	70
El salario mínimo .....	73
Ferrazini y Grosso - Estudio Jurídico .....	75
Un inventor .....	78
La democracia en marcha .....	80

Chantaje .....	83
Policía Municipal .....	85
Periodismo .....	87
El salto atrás .....	89
Benzaquén .....	91
El experimento .....	93
Guapo... a la fuerza .....	95
¡Secuestrado! .....	99

Greca, Alcides

Cuentos del comité. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.  
E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-3962-00-4

1. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:  
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,  
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe  
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-45658-7-7

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

## Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *Cuentos del comité*, de Alcides Greca, los siguientes títulos: *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, del Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.

